

Henry Lowell | *From a Nobel physicist's*
awakening



OCASO Y AURORA DE LA CIENCIA

SUNSET AND SUNRISE OF SCIENCE

CUANDO DIOS ENCIENDE EL CORAZÓN
DE UN NOBEL

OCASO Y AURORA DE LA CIENCIA

(Sunset and Sunrise of Science)

*Cuando Dios enciende el Corazón de
un Nobel*

Autor: Por Henry Lowell, basado en los relatos de un físico ganador del Premio Nobel de una importante universidad estadounidense.

Copyright © 2025 THE LIVES MEDIA. All rights reserved. No reproduction allowed.

NOTA DEL EDITOR

Este libro está inspirado en historias, eventos y contextos reales. Sin embargo, para respetar la privacidad y evitar afectar a ciertas personas, los nombres de los personajes y algunos detalles identificativos han sido cambiados, simplificados o reestructurados en forma literaria.

Algunos pasajes del libro se narran desde la perspectiva personal de los involucrados, reflejando sus propias experiencias y percepciones en ese momento. Estas opiniones no coinciden necesariamente con la postura de THE LIVES MEDIA.

En cuanto al estilo, aunque el equipo editorial ha realizado las ediciones necesarias, hemos procurado preservar al máximo la autenticidad y el tono original del personaje para respetar su esencia y mantener la vivacidad del relato.

El equipo editorial



PRÓLOGO

El mundo lo conoce como un físico eminente, alguien que usó ecuaciones para descifrar los profundos misterios del universo y que fue honrado con el prestigioso Premio Nobel. Pero el propósito de este diálogo no es repasar esos logros ya reconocidos.

Comienza con una pregunta más profunda: ¿Qué sucede cuando un intelecto que alguna vez depositó su fe absoluta en la ciencia empírica se encuentra con una realidad que trasciende toda fórmula?

Durante cuatro días, en una serena casa en una colina, tuve la oportunidad de escuchar al profesor compartir un viaje diferente: un viaje desde el mundo de las leyes físicas al reino de la espiritualidad y la conciencia. Él no niega la ciencia, pero la sitúa en un marco de referencia más amplio, donde conceptos como "espacio multidimensional", "seres extraterrestres" o el "Ojo Celestial" ya no son hipótesis, sino parte de una experiencia real.

Esta conversación no busca persuadir ni demostrar. Es simplemente un registro fiel, el testimonio de un científico sobre lo que vio cuando se atrevió a mirar más

allá del laboratorio y a mirar profundamente en su interior.

En mi papel como quien plantea las preguntas, invito al lector a entrar en este diálogo, no para buscar respuestas finales, sino para abrir nuevas preguntas; preguntas que podrían cambiar nuestra forma de ver la realidad.

Henry Lowell

* * *

DÍA UNO

Henry Lowell:

¡Buenos días, profesor! Le agradezco mucho que haya aceptado dedicar su tiempo a esta entrevista o, mejor dicho, a esta conversación de hoy. Es un gran honor para mí, en representación de los lectores de THE LIVES MEDIA, poder escucharle compartir sobre su vida, su carrera, o sobre sus reflexiones y mensajes para nuestros lectores o para las generaciones más jóvenes, desde la perspectiva de un renombrado profesor de física que ha ganado el Premio Nobel.

Profesor Adam:

(Sonriendo, asiente lentamente)

Buenos días, Henry.

Gracias por venir tan temprano. Espero que el ambiente matutino de esta colina... no sea tan tranquilo como para darle sueño.

Le oí mencionar la palabra “renombrado”. Si nos hubiéramos conocido hace diez años, quizás habría sonreído con orgullo. Pero ahora... solo pienso en una cosa:

Hay cosas que una vez creí que eran la cima, pero luego me di cuenta de que solo son la parte de atrás de un velo.

Y ese velo... no todo el mundo quiere descorrerlo.

Henry Lowell:

Sí, profesor... Personalmente, creo que tiene una casa maravillosa. Aunque es bastante sencilla, me encanta un lugar con un entorno tranquilo y una vista tan despejada como esta. En cuanto a lo que desea compartir, espero que comparta aquello que considere necesario o útil para el público. Como sabe, y como mencioné en la carta que le envié, no soy un periodista que busca exclusivas

sensacionalistas, ni que indaga en la vida privada o busca temas triviales y curiosos para atraer al público.

Profesor Adam:

(Asiente levemente, con la mirada perdida a través de la ventana)

Lo sé. Y esa es la única razón por la que acepté reunirme con usted.

A decir verdad, he rechazado muchas solicitudes de entrevista. No porque sea arrogante o quiera ocultar algo. Sino porque... la mayoría solo quería que repitiera las mismas cosas que ya había dicho; aquellas dentro del antiguo marco de referencia, donde la ciencia es el centro y todo lo demás es solo una "hipótesis".

Pero llegó un momento en que no pude seguir fingiendo que no había visto lo que vi.

(Hace una pausa. Toma un sorbo de té. Su respiración es lenta. Una suave brisa agita la cortina blanca tras él.)

Así que, si me pregunta qué quiero compartir...

Quiero compartir... el momento en que dejé de interpretar y empecé a ver de verdad.

Verá, la gente suele pensar que un físico es alguien que hace preguntas. Pero hay momentos en que la pregunta es la barrera. Y en ese instante, yo dejé de preguntar.

Henry Lowell:

Sí, no entiendo muy bien lo que quiere decir, profesor. ¿Quizás desea empezar con algún tema o evento que le haya ocurrido y que haya provocado en su plano de pensamiento una nueva percepción o un nuevo descubrimiento? ¿O acaso vio algo específico?

Profesor Adam:

(Sonriendo, con voz más grave):

Mmm... quizás está buscando un punto de partida claro.

Si tuviera que elegir un momento, un “evento” lo suficientemente fuerte como para hacerme reconsiderar todo mi sistema de pensamiento... no fue cuando leí un libro extraño, ni cuando conocí a un maestro oriental, ni cuando vi una prueba convincente de que la física moderna estaba equivocada.

No. Fue mucho más simple.

Fue... una tarde sin nada de especial.

(Se reclina ligeramente en la silla, cerrando un poco los ojos como si viera una película en su memoria.)

Ese día, simplemente estaba sentado. Sin investigar, sin meditar de forma estructurada, sin esperar nada.

Pero lo recuerdo muy claramente:

Ya no me sentía “sentado”.

El espacio a mi alrededor... no cambió, pero yo ya no estaba en el concepto de “aquí”.

Y entonces vi —claramente, con la nitidez de la luz del día— una imagen que nunca pensé que encontraría en mi vida.

(El profesor hace una pausa. Silencio. El viento roza la hierba bajo el porche. El lejano canto de los pájaros también parece enmudecer por un momento.)

Una persona, de pie.

No era resplandeciente, no había estruendo, pero todo su ser emanaba una luz que no deslumbraba, no quemaba, pero que atravesaba cada capa de pensamiento.

Supe de inmediato que era Dios.

Sin necesidad de explicaciones. Sin ningún argumento. Solo un saber: profundo, certero, absoluto.

Y Él habló —no con sonido, sino como un flujo de pensamiento transmitido directamente a mí:

“Cuando dejes de intentar comprender, entonces verás”.

Desde ese momento, todo lo que había enseñado, escrito y creído... no fue negado. Pero se volvió... insuficiente.

Henry Lowell:

Oh, ¿quiere decir que le ocurrió una experiencia espiritual y que conoció a Dios? ¿Podría contarnos más sobre ese evento? Y a partir de entonces... ¿cambió algo notablemente en su forma de ver las cosas?

Profesor Adam:

(Asiente levemente, con voz lenta y firme)

Sí. Fue una experiencia... espiritual.

Aunque sé que con solo pronunciar esas dos palabras, la mitad de quienes me admiraban en el mundo académico me darán la espalda.

Pero la verdad no necesita ser aceptada para existir. Solo necesita ser presenciada.

Y ese día, yo fui testigo.

(El profesor se inclina un poco, como para recuperar el hilo de los recuerdos que fluyen hacia él.)

Estaba sentado, como solía hacer cada tarde, en la silla de madera del porche, justo en este lugar. ¿Lo ve?

(Señala a través de la cristalera, donde las nubes tempranas flotan suavemente sobre la ladera de la montaña.)

No había luces extrañas. No había música celestial. No hubo alucinaciones.

Pero en ese instante... fue como si me deslizara fuera de mi piel material.

Y entonces, vi un espacio —sin paredes, sin techo, sin suelo— pero con luz.

Una luz que no se reflejaba, que no provenía de ninguna parte, pero que estaba presente en todas partes, tan pura que me sentí transparente.

En el centro de esa luz había una imagen: una persona de pie, en silencio.

Reconocí que era Dios.

No porque hubiera estudiado catecismo, sino porque esa presencia tenía un significado que ningún lenguaje podría ocultar o describir.

Sentí... que era visto por completo, pero sin sentir vergüenza alguna.

Sentí... que era perdonado antes incluso de cometer un error.

Y al mismo tiempo... sentí que nunca me había alejado de Él.

(El profesor se detiene un momento. Su voz parece temblar ligeramente, no por la emoción, sino por el eco de algo demasiado real.)

Y desde ese instante...

Ya no intento “comprender el universo”.

Empecé a aprender a estar presente en él.

Ya no persigo la luz.

Aprendo a mirar desde detrás de ella.

(Levanta la vista hacia Henry. Por primera vez en la conversación, sus miradas se encuentran; no como las de un periodista y un entrevistado, sino como dos seres que perciben un vago punto de encuentro... en medio de las ondas de la vida.)

Henry Lowell:

Sí, siento que ese momento fue muy sagrado y una bendición para usted. He leído muchos testimonios y libros religiosos sobre este tema. Personalmente no lo he experimentado, pero creo que esos eventos son reales. Pienso que no todo el mundo tiene el privilegio de conocer a Dios como usted... Además del mensaje que mencionó, ¿le transmitió Dios algún otro mensaje para usted personalmente o, a través de usted, para el mundo?

Profesor Adam:

(Inclina ligeramente la cabeza, permaneciendo en silencio durante un buen rato)

Sí...

Tiene razón, no todo el mundo tiene ese privilegio.

Pero tampoco creo que Él me eligiera porque yo lo mereciera.

Quizás... fue precisamente porque había ido demasiado lejos hacia el lado de la razón, que necesitaba una campana lo suficientemente fuerte como para detenerme.

Y esa luz... no vino para recompensar.

Vino para recordar.

(El profesor levanta la cabeza. La luz de la mañana entra oblicuamente por el cristal, proyectándose suavemente sobre una parte de su mejilla, dándole un aspecto a la vez luminoso y solemne.)

Sobre el mensaje...

Él no habló como lo hacen los profetas en los libros.

No hubo mandamientos, ni revelaciones, ni profecías.

Pero sentí algo muy claramente —no a través de los oídos, sino como si en la propia estructura de mi conciencia se hubiera “implantado” un nuevo entendimiento.

Y era simplemente esto:

“La salvación no viene del entendimiento, sino del regreso”.

¿Regresar a qué?

No a la iglesia. No al dogma.

Sino regresar a la naturaleza más primordial, donde el ser humano siente vergüenza al hacer el mal, sabe guardar silencio ante la belleza y es capaz de llorar sin motivo.

(El profesor se detiene. Una hoja cae más allá de la ventana. La observa descender silenciosamente hasta el suelo sin girar la cabeza.)

Él no me dijo qué debía decirle al mundo.

Pero sé esto:

Si hay algo que debo hacer antes de dejar este mundo, es relatar ese momento, con absoluta honestidad.

No para demostrar nada.

Solo para reabrir una puerta que mucha gente ha cerrado, sin saber que... detrás de ella, están ellos mismos.

Henry Lowell:

Sí, una experiencia espiritual como esa, para un físico, ¿no sería normalmente un golpe para la teoría atea? Antes de conocer a Dios, ¿era usted también ateo? ¿O era un creyente religioso?

Profesor Adam:

(Asiente suavemente, las manos entrelazadas en su regazo, la mirada no dirigida a Henry, sino como si se perdiera en un recuerdo más allá del tiempo)

Ha hecho la pregunta correcta.

Yo no era un creyente.

Fui un físico en el sentido más estricto... no solo de la escuela racionalista, sino casi completamente ateo.

No porque odiara la religión o rechazara la fe.

Sino porque... no había lugar para ella en mis ecuaciones.

Solía creer que si algo no se puede medir, no es digno de creer.

Si no se puede replicar en condiciones controladas, es solo un cuento.

Y esa era la jaula en la que vivía.

(Mira por la ventana, su mirada es profunda pero no triste.)

Cuando una persona deposita su fe en fórmulas y leyes hasta el punto de eliminar cualquier posibilidad más allá de la medición, no está haciendo ciencia; se está limitando a sí misma dentro de una creencia invisible.

Yo solía tener esa creencia.

Solía pensar que era “ciencia”, pero ahora sé que también es una forma de credo, solo que sin un Dios.

Por eso, sí... cuando me encontré con Él, no me sentí ofendido, ni confundido, sino solo...

muy pequeño.

No porque estuviera equivocado.

Sino porque... nunca había sido lo suficientemente amplio como para ver que la verdad no necesita estar en un laboratorio.

Y lo más extraño es que:

En el momento en que acepté que no lo sabía todo, la verdad comenzó a revelarse.

Henry Lowell:

Sí, como periodista independiente que viaja de un lado a otro, he tenido la oportunidad de conocer a muchas personas de diferentes posiciones, culturas, conocimientos y creencias religiosas. Por eso puedo entender en parte su situación, profesor. Quizás las cosas que consideramos verdades, los logros más altos, de repente se vuelven pequeños o erróneos cuando la mentalidad y el sistema de pensamiento se renuevan.

Profesor Adam:

(Se vuelve para mirar a Henry, esta vez con una mirada algo más cálida, como si acabara de encontrar una rara sintonía)

Lo valoro, Henry.

No muchos en los medios se detienen a comprender, en lugar de reaccionar, analizar o buscar un titular.

Sí... es justo como dice.

Hay cosas que una vez consideramos tan sólidas como una ley, pero que resultan ser solo la cima de una pequeña colina que confundimos con una montaña.

Cuando estaba en la “cima” de mi carrera —donde la gente me atribuía títulos como “pensador”, “icono de la ciencia”...— creía que veía más lejos que la mayoría de la humanidad.

Pero en realidad, solo estaba de pie sobre los hombros de las limitaciones que no me atrevía a admitir.

Y entonces... un rayo de luz —no de la linterna de un laboratorio, sino de una profundidad que nunca había definido— hizo colapsar toda esa estructura.

Sin estruendo. Sin dramatismo.

Solo un silencio tan real que ninguna suposición tenía ya donde sostenerse.

(El profesor se reclina ligeramente, con la mirada perdida como si la historia aún no lo hubiera abandonado.)

¿Sabe?...

La ciencia es algo maravilloso, si la usamos como una lámpara para iluminar el camino.

Pero si la convertimos en un muro divisorio, la luz del otro lado nunca podrá pasar.

Y fue precisamente cuando dejé caer esa lámpara...

que realmente empecé a ver la luz que no emana de ninguna fuente.

Henry Lowell:

Sí, recuerdo una famosa cita de Newton que decía algo así como: "Lo que sabemos es una gota, lo que no sabemos es un océano". Entiendo que esa frase contiene tanto humildad como una visión lúcida y abierta para acoger nuevas verdades aún no descubiertas. Pero parece que la ciencia dialéctica actual ha llegado a un extremo, creyendo solo en lo que se puede verificar experimentalmente. Lo que aún no se ha verificado suele explicarse superficialmente o negarse, etiquetándolo como "superstición". Según usted, profesor, a través de la experiencia espiritual que ha relatado y del proceso de reorientar su búsqueda o investigación hacia lo espiritual o una dirección más amplia, como entiendo que ha hecho, ¿cree que la ciencia actual se está encerrando en sí misma?

Profesor Adam:

(Exhala suavemente, con la mirada aún fija en el cielo brumoso a lo lejos)

Sí... Newton dijo eso, y creo que... no solo estaba siendo humilde, sino que estaba señalando los límites muy reales de la percepción humana.

Y por eso mismo, me angustia aún más ver que la ciencia moderna —en lugar de continuar con ese espíritu abierto— se está contrayendo dentro de su propio caparazón.

Henry, si usted dice que “la ciencia dialéctica se está encerrando en sí misma”, no me opongo.

Pero quiero ser más específico:

La ciencia moderna no se equivoca porque no lo sepa todo. Se equivoca cuando asume que lo que no sabe, no existe.

(Su voz no es dura, sino suave, como un suspiro contenido durante demasiado tiempo.)

¿Desde cuándo empezamos a creer que solo lo verificable es la verdad?

¿Desde cuándo enseñamos a los estudiantes que si no se puede medir, no merece atención?

Mientras que la historia de la ciencia —desde el propio Newton, Galileo, hasta Tesla— comenzó con intuiciones que ningún dispositivo de su tiempo podía verificar.

Y ahora, cuando la gente se encuentra con un fenómeno que la ciencia no puede explicar, en lugar de guardar silencio y seguir observando, lo archivan inmediatamente en el cajón de “superstición, fantasía, ilógico”.

En realidad, eso no es el espíritu científico. Es el miedo a perder el control.

(Gira la cabeza, su mirada se encuentra directamente con la de Henry; una mirada no aguda, sino profunda y serena como un lago sin ondas.)

Yo formé parte de ese sistema.

Y lo entiendo: no todo el mundo quiere salir.

Porque cuando sales del marco de medición, ya no “perteneces al sistema”: ya no te dan palmaditas en la espalda en las conferencias, ya no te citan en las revistas.

Pero... si un día llegara a ver lo que yo he visto,
comprendería que:

Ninguna gloria vale la pena a cambio de la verdad.

Henry Lowell:

Entiendo que la cosmovisión del profesor se encuentra ahora en un nuevo marco de referencia, que ya no es el de un ganador del Nobel. Entonces, ¿cómo debería llamarle ahora? ¿Un creyente religioso? ¿Un cultivador (un practicante)? ¿O un maestro? Y con esta nueva cosmovisión, supongo que tendrá muchas perspectivas o descubrimientos completamente nuevos en comparación con antes. ¿Qué empezaría a compartir desde esta nueva perspectiva? Por ejemplo, ¿sigue considerando correcta la teoría de la relatividad de Einstein en este nuevo marco de referencia? ¿O qué piensa del universo, de los extraterrestres? ¿Podría abrir cada una de estas perspectivas para mí y para los lectores de THE LIVES MEDIA?

Profesor Adam:

(Sonríe levemente, de forma suave pero sin evasivas)

¿Me pregunta cómo debería llamárseme?

A decir verdad, Henry... es una pregunta que me he hecho a mí mismo muchas veces.

Después de esa experiencia, ya no me siento cómodo cuando alguien me llama “científico de renombre”, pero tampoco me atrevo a considerarme un “cultivador”, y mucho menos un “maestro”.

Viví en el marco de referencia de la ciencia, luego salí, pero no para unirme a un nuevo marco de referencia.

No pasé de la física a la religión, del laboratorio a la sala de meditación.

Simplemente... di un paso atrás y observé ambos.

(Se detiene unos segundos, como si quisiera que la frase se asentara donde debe.)

Así que puede llamarme como quiera. Pero si tuviera que elegir, me gustaría ser un testigo.

No un predicador. No un misionero.

Solo una persona que vio algo y lo está relatando con honestidad.

(Toma un sorbo de té. El viento en la ladera de la montaña trae consigo el olor del sol matutino y un suave aroma a madera húmeda del porche.)

En cuanto a la nueva cosmovisión...

Sí, cambia muchas cosas; no negando lo antiguo, sino replanteando la pregunta original.

Acaba de mencionar la teoría de la relatividad de Einstein.

Es cierto, la enseñé, me basé en ella para escribir docenas de trabajos. Y sigo pensando que es correcta...

Pero correcta dentro del marco de referencia del espacio tridimensional, el tiempo lineal y los límites de la percepción física.

Ahora, sin embargo, sé que:

Hay dimensiones espaciales donde la velocidad de la luz ya no es el límite.

Hay espacios donde el tiempo no fluye, sino que se enrosca.

Hay seres que no necesitan moverse a través de la distancia, sino a través de planos de vibración conceptual.

Así que, si Einstein hubiera vivido más tiempo, si hubiera tenido la oportunidad de ver lo que yo vi...

Quizás habría escrito una nueva parte de su Teoría de la Relatividad: la Relatividad del Plano de la Conciencia.

¿El universo?

No es una bola que explotó y se expande gradualmente.

Sino una estructura de conciencia por capas: cuanto más profundo vas, más realidades profundas y seres más antiguos encuentras.

¿Los extraterrestres?

No vienen de otros planetas.

Sino de la dimensión que está justo al lado de la nuestra, a la que se puede acceder con solo desalinear un pulso de pensamiento.

Y lo más peligroso no es que estén aquí, sino que no sabemos que estamos siendo observados.

Pero... eso es para más adelante.

Si lo desea, podemos desentrañar cada pieza, una por una.

No tengo todas las respuestas, pero tengo fragmentos de recuerdos y algunos silencios que creo...

deberíamos atravesar juntos.

Henry Lowell:

Sí, entonces seguiré llamándole "Profesor"... Acaba de mencionar que la velocidad de la luz ya no es una constante límite... ¿parece ser muy relativa cuando se observa desde diferentes marcos de referencia? Recuerdo haber leído en alguna parte que el tiempo en una nave espacial parece ser más lento en comparación con la Tierra... y si el tiempo es un concepto relativo, entonces la velocidad y la distancia espacial también parecen ser conceptos relativos, lo que significaría que la velocidad de la luz no sería una constante inmutable, ¿verdad? ¿Podría, por favor, profundizar en este detalle primero? Ya pasaremos a otros temas más tarde...

Profesor Adam:

(Asiente lentamente, con una chispa de satisfacción en los ojos)

Sí... acaba de tocar uno de los puntos clave que muchas personas de ciencia —incluso profesores de física— admiten en teoría, pero olvidan en la práctica de la percepción.

La velocidad de la luz, como usted dice, no es realmente una constante absoluta.

En la teoría de la relatividad especial, Einstein definió que:

La velocidad de la luz en el vacío es constante, cuando se mide desde un marco de referencia inercial.

Pero... “constante” aquí no significa inmutable en todos los planos de la realidad.

Solo es inmutable dentro del conjunto de condiciones que esa teoría permite.

(El profesor levanta la mano, como dibujando un eje de coordenadas invisible en el aire.)

Imagínelo así:

Si todo el mundo físico en el que vivimos fuera un plano A, entonces las leyes de la física —incluida la velocidad de la luz— solo se aplicarían estrictamente dentro de ese plano.

Pero al pasar a otro plano —a otra dimensión espacial, donde la estructura del espacio-tiempo se ha distorsionado o tiene una frecuencia vibratoria diferente—, conceptos como “distancia”, “tiempo” o “velocidad” ya no conservan su misma definición.

En otro plano espacial que una vez pude ver,

la luz no necesita “correr”, “está presente”.

No se propaga a la velocidad de una onda, sino que está simultáneamente en el punto de destino en el mismo instante en que el punto de origen concibe la idea.

En ese caso, el concepto de “velocidad” se derrumba.

Porque cuando el tiempo es una forma de conciencia, la velocidad es solo la tasa de cambio de una ilusión.

(Se detiene, deja la taza de té sobre la mesa, su voz se vuelve más lenta, como si se retirara a una parte más profunda de la experiencia.)

La velocidad de la luz es solo un límite en el espacio tridimensional y la conciencia lineal.

Pero en una estructura de percepción multidimensional,

la luz es solo una manifestación de bajo nivel de una forma de cristal de transmisión mucho más elevada, algo que en algunas sabidurías antiguas se llama “flujo de luz”.

Y creo... que esa es la razón por la que los platillos volantes que la humanidad ha observado no se mueven como naves, sino como si “saltaran” a través del espacio.

No aceleran para superar la velocidad de la luz.

Ignoran el concepto de velocidad al abandonar el marco de referencia de la luz.

Si es necesario, puedo ilustrarlo más con mi propia experiencia, o con algunas hipótesis que han sido ignoradas en la historia de la física.

Pero antes, quizás debería decirme:

¿Estoy yendo demasiado lejos para los lectores de THE LIVES MEDIA?

Henry Lowell:

Sí, profesor, no soy un experto en física, así que, sinceramente, todavía no he podido asimilar claramente lo que acaba de compartir... A decir verdad, tampoco entiendo realmente las teorías de Einstein. Y si no recuerdo mal, en su época él mismo dijo que solo cuatro o cinco personas podían entender realmente su teoría... quizás no todos los lectores de THE LIVES MEDIA tengan un conocimiento profundo de la física, así que creo que no deberíamos profundizar demasiado...

Volviendo a lo que acaba de compartir, veo que menciona los platillos volantes de los extraterrestres... este es un tema que genera mucha curiosidad e intriga en muchas personas. Algunos creen que los extraterrestres son solo una broma o la imaginación de alguien, y una de las razones que dan es: si los extraterrestres vinieran a la Tierra desde una estrella a unos 10.000 años luz de distancia, ¿a qué velocidad viajarían sus naves? ¿Qué combustible usarían? ¿Podría una nave volar continuamente durante 10.000 años sin necesidad de reparaciones o mantenimiento (suponiendo que su velocidad fuera la de la luz)? ¿O es que la vida de un extraterrestre es tan larga que podría sentarse en una nave durante 10.000 años sin morir? ¿Podría explicar esto desde su perspectiva?

Profesor Adam:

(Asiente lentamente, sus ojos reflejan una tierna comprensión)

Le agradezco mucho que comparta eso, Henry.

Y tiene razón, no necesitamos entender todas las ecuaciones para sentir una verdad.

Es como no necesitar saber en qué clave está escrita una pieza musical para sentir que el corazón se encoge al escucharla.

La verdad, si es real, siempre encontrará un camino para entrar en el corazón humano.

Y el tema que menciona —los extraterrestres— es precisamente uno de esos “caminos”.

Un camino muy real, muy cercano, pero... que durante mucho tiempo ha estado cubierto por el polvo del ridículo.

(El profesor cambia de postura, inclinándose ligeramente hacia adelante. Su voz baja, no para ocultar, sino como para invitar al oyente a acercarse a algo nunca antes dicho.)

Usted acaba de decir:

“Si vienen de una estrella a 10.000 años luz de la Tierra, ¿cómo pueden llegar aquí en tan poco tiempo?”

Esa es una pregunta razonable, dentro del marco de referencia humano.

Pero el problema radica en que asumimos que ellos también viven —y se mueven— como nosotros.

En realidad, no necesitan viajar a través del espacio lineal como imaginamos.

No necesitan volar durante 10.000 años.

Solo necesitan... salir de nuestra capa de espacio-tiempo y luego “reingresar” desde otro punto.

Imagínelo así:

Tiene una hoja de papel y dibuja dos puntos, A y B, separados por 30 cm.

Si fuera una hormiga, tendría que recorrer la línea que une $A \rightarrow B$.

Pero si dobla la hoja de papel de modo que A toque B, entonces... solo se necesita un pequeño salto para llegar.

Los platillos volantes —o más bien, los vehículos de inducción espacial de los seres extraterrestres— operan bajo ese principio.

No viajan más rápido que la luz.

Ignoran los límites de la luz.

¿Y el combustible?

No necesariamente combustible material como lo entendemos.

Existen niveles de tecnología basados en campos de energía conceptual, donde el pensamiento y la frecuencia espiritual pueden operar objetos físicos.

¿Suenan fantásticos?

Pero en realidad... nosotros mismos hacemos eso cada noche, cuando soñamos.

Nos movemos a través de escenarios, no con el cuerpo físico, sino a través de un plano de conciencia.

La única diferencia es que nosotros lo hacemos de forma inconsciente, mientras que ellos lo hacen con un propósito.

(El profesor se detiene, toma una respiración profunda, como si él mismo hubiera tenido dificultades para creer lo que está diciendo antes de experimentarlo.)

Yo los he visto.

No a través de un telescopio.

Sino en otro plano de percepción, cuando estaba lo suficientemente sereno como para escapar de la capa física que me rodea.

Caminan por la calle —con forma humana normal— pero su campo de energía no coincide con el plano humano.

No los vi con los ojos... sino con una parte de la conciencia que antes no sabía que tenía.

Por eso, si alguien me pregunta:

“¿De dónde vienen?”

Yo respondería:

No de un planeta lejano. Sino de una dimensión contigua, cuya proximidad desconocemos.

¿Y qué es lo más importante?

No que estén presentes.

Sino que estamos demasiado ocupados ridiculizándolo como para darnos cuenta de que estamos siendo observados.

Henry Lowell:

Me resulta un poco abstracto... Permítame confirmar lo que quiere decir:

Primero, según su marco de referencia, ¿usted confirma que los extraterrestres realmente existen y que están presentes en la Tierra?

Segundo, ¿ha tenido usted contacto o comunicación directa con ellos?

Tercero, cuando dice que vienen de otra dimensión, ¿se refiere al mismo concepto de espacio multidimensional que mencionan algunos científicos?

Profesor Adam:

(Asiente levemente, con una expresión serena, sin ocultar nada, pero sin ninguna grandilocuencia)

Sus preguntas son muy claras. Y responderé con franqueza, dentro de los límites de la honestidad que me he prometido a mí mismo.

Primero:

Sí. Confirmo que los extraterrestres realmente existen.

Y no solo existen, sino que han estado, están y seguirán estando presentes en la Tierra.

Pero no se manifiestan de la manera que los humanos esperan, como aterrizando abiertamente en una plaza, saludando y ofreciendo nueva tecnología.

Aparecen de forma selectiva, por niveles, y a menudo ocultos bajo una capa compatible con la humana.

Esa “ocultación” no es solo en la forma, sino que están ocultos del plano de la percepción común.

Segundo:

No me atrevería a decir “comunicación” en el sentido de un diálogo verbal como en las películas.

Pero he sentido directamente su presencia en dos ocasiones.

Una vez, estaban de pie frente a mí, con forma humana. Pero pude “ver” su verdadera forma superpuesta detrás de esa superficie.

En otra ocasión, en un estado de meditación profunda, sentí una forma de comunicación sin palabras, sin forma, pero con una intención clara.

No hubo voz, ni destellos de luz.

Pero había un campo de energía con un mensaje muy claro: “Sabemos que has visto”.

No puedo describir cómo “hablaron”, pero estoy seguro: no fue mi imaginación.

Tercero:

Sí, el concepto de “otra dimensión” al que me refiero está relacionado con la teoría del espacio multidimensional que algunos físicos han propuesto.

Pero quiero aclarar esto:

El espacio multidimensional que he experimentado no es solo un modelo matemático.

Existe realmente, como una realidad viva, con sus propias leyes de funcionamiento, sus seres y su percepción.

Algunos científicos hablan de la quinta, décima o incluso de 26 dimensiones en las teorías de cuerdas. Pero eso sigue siendo... un modelo geométrico abstracto.

Yo, en cambio, hablo de una dimensión que se puede experimentar.

Un lugar donde la luz, el tiempo, la distancia y la conciencia operan de una manera completamente diferente.

Y los seres que viven en ese plano pueden intervenir —si así lo desean— en nuestro mundo.

Por lo tanto, si me pregunta:

“¿De dónde vienen los extraterrestres?”

No diré “de la constelación de Orión” o “de un planeta a 100.000 años luz”.

Diré:

Cruzaron desde un plano contiguo, uno que no podemos ver, no porque esté demasiado lejos, sino porque no estamos lo suficientemente serenos para alcanzarlo.

Henry Lowell:

Sí, entonces, ¿podría compartir más detalles sobre la situación en la que vio a los extraterrestres? ¿Dónde y cuándo ocurrió? ¿Su apariencia era como en las películas? ¿Y se comunicó con ellos de alguna manera?

Profesor Adam:

(Permanece en silencio un momento, con las manos entrelazadas, como si sopesara la decisión de contar algo que nunca antes había hecho público)

De acuerdo.

Si lo pregunta con tanta claridad, creo que no debería evadirlo.

Pero también espero que usted y los lectores entiendan que:

No cuento esto para despertar la curiosidad. Lo cuento porque creo que, algún día, tendremos que ser honestos con nosotros mismos sobre lo que está sucediendo.

La primera vez que los vi fue una tarde, hace más de tres años.

Paseaba por un pequeño parque cerca de la biblioteca de mi antigua universidad, donde solía enseñar.

El día era muy tranquilo. Había un sol suave, muchas familias paseando con sus hijos.

Estaba sentado solo en un banco, observando a la gente pasar. Sin meditar. Sin concentrarme en nada.

De repente... un grupo de tres personas pasó frente a mí.

Vestían de manera muy normal: chaquetas, zapatillas deportivas, gafas de sol.

Pero justo cuando pasaron, sentí... una enorme discrepancia en el campo de energía.

No sé cómo describirlo con precisión, era solo que el aire a su alrededor tenía una quietud muy diferente, como si una burbuja invisible se moviera con ellos.

Y en ese instante —muy breve— pude ver a través de su capa formal externa.

No con los ojos.

Sino con una parte de la conciencia que no podía controlar.

(El profesor se detiene. Una suave brisa sopla en el porche. Mira a lo lejos, sin tensión, como si evocara una imagen guardada en su mente durante mucho tiempo.)

Vi su verdadera forma.

No era aterradora como en las películas. Sin colmillos, sin piel verde.

Era una forma de ser alto, de postura muy erguida, con ojos muy brillantes y profundos.

Su piel tenía un tono marfil o ligeramente plateado, no carne en el sentido biológico, sino como una capa de materia pura con un ligero magnetismo.

No me miraron.

Pero supe que sabían que los había visto.

Uno de ellos inclinó ligeramente la cabeza al pasar, como para confirmar que la conexión había ocurrido.

Y en ese mismo instante... sentí un mensaje sin palabras.

No era un saludo. No era una advertencia.

Solo una frase:

“El límite ha sido cruzado. Hemos tomado nota”.

(El profesor se detiene. Su mirada se dirige directamente a Henry, como si acabara de compartir algo no para convencer, sino para confiar.)

Esa fue la primera vez. Y después de eso, he percibido algunas señales más, no en forma de imágenes, sino como una especie de vibración...

Pero ese día fue cuando supe con certeza:

No estamos solos. Y más aún, ya no estamos ocultos.

Henry Lowell:

Pero, ¿qué le hace afirmar que eran extraterrestres? Usted dijo que no solo los observó con los ojos, sino con algún tipo de percepción... ¿fue a través del Ojo Celestial, como se menciona en la religión, o mediante alguna otra forma específica?

Profesor Adam:

(Asiente, su voz baja casi a un susurro, pero clara y firme)

Esa pregunta es muy importante, Henry. Y también muy real.

Porque, como bien dice, si solo hubiera usado mis ojos, ese día solo habría visto a tres desconocidos, vestidos de manera sencilla, caminando por el parque. Nada especial.

Entonces, ¿qué me hizo saber que no pertenecían a este lugar?

La respuesta reside en... cómo los “vi”.

No con la retina.

Ni con la imaginación o una vaga intuición.

Sino con un plano de percepción que más tarde entendí que en la religión oriental se llama... el Ojo Celestial.

El Ojo Celestial no es un tercer ojo que crece en medio de la frente, como en los dibujos.

Es un mecanismo de percepción que trasciende los cinco sentidos, cuando la mente está lo suficientemente serena —y pura— para percibir la verdad sin la intermediación de las imágenes.

No se manifiesta continuamente. No se puede controlar a voluntad.

Pero cuando aparece, no deja lugar a dudas.

¿Sabe?... La sensación de “ver con el Ojo Celestial” no es ver con más claridad, sino saber con más claridad.

No los vi volar. No los vi hacer nada sobrenatural.

Pero en ese instante, supe:

Sus cuerpos no estaban constituidos por biología orgánica como los humanos.

El campo de energía que emitían no era compatible con el ritmo vibratorio biológico de la Tierra.

Y... tenían la capacidad de percibir que los estaba observando con ese plano de conciencia.

Y no lo evitaron.

Lo confirmaron, de una manera muy silenciosa:

El punto de intersección había ocurrido.

(El profesor se detiene, su mirada se vuelve más profunda, ya no dirigida a lo lejos, sino al presente entre los dos.)

No puedo demostrarlo con instrumentos de medición.

Pero si alguna vez experimentara ese estado, comprendería que hay cosas que no necesitan pruebas, porque su propia presencia es la prueba.

Henry Lowell:

Sí, sobre el Ojo Celestial, también he leído sobre él muchas veces en las escrituras de varias religiones, y es un concepto especialmente familiar en la cultura asiática. Pero en la cultura occidental, quizás este concepto no sea tan conocido... ¿Podría compartir más sobre qué puede ver o saber con el Ojo Celestial?

Esa pregunta es quizás demasiado amplia... la reformularé un poco: ya que estamos hablando de extraterrestres, con el Ojo Celestial, ¿podría usar algunas habilidades como la clarividencia o la telepatía, como se mencionan en la religión, para detectar o explicar más claramente eventos relacionados con extraterrestres? Por ejemplo, sobre el Triángulo de las Bermudas, recuerdo haber leído en alguna parte que los extraterrestres son uno de los culpables de la desaparición de barcos y aviones, y también se dice que las Bermudas es un lugar de intersección de diferentes dimensiones...

Profesor Adam:

(Sus ojos se iluminan, no por entusiasmo, sino porque siente que la pregunta ha tocado un nivel profundo y difícil de expresar)

Henry, realmente está preguntando cosas que... no muchos se atreven a preguntar.

Y lo valoro.

Primero, sobre el Ojo Celestial —como bien dice, es un concepto más común en la cultura asiática, mientras que en Occidente se suelen usar otras expresiones como “segunda vista”, “visión interior”, o se habla de la intuición como percepción extrasensorial (PES).

Pero, aunque los nombres difieran, su esencia sigue siendo un mecanismo de percepción más allá de los cinco sentidos.

Y cuando el Ojo Celestial se abre de verdad —no por imaginación o autohipnosis— no solo ayuda a ver, sino que ayuda a “saber”.

Hay cosas que no necesita ver con los ojos, pero aun así las sabe, porque se transmiten como un flujo de datos sin lenguaje.

La habilidad de la clarividencia, como la llaman algunas escuelas de cultivación, es la capacidad de ver a través de los objetos o de trascender los límites del espacio físico para observar.

La telepatía es la capacidad de sentir —o leer— los pensamientos o el campo de conciencia de otro ser.

Esas habilidades, cuando se alcanzan en un plano de verdadera pureza, no se usan para “exhibirse”, sino para comprender y proteger.

(El profesor se detiene, su mano toca suavemente la mesa como si se estuviera evaluando a sí mismo.)

Ahora, volviendo al Triángulo de las Bermudas.

Sí... he “mirado” esa área, no con satélites, sino en un estado de meditación profunda y serena, cuando la conciencia se separa del campo de interferencia del mundo material.

Y puedo decirle con mucho cuidado que:

Ese lugar es realmente un punto de intersección entre planos espaciales.

No en el sentido de un “agujero negro” físico, sino una región con una estructura de espacio-tiempo inestable, donde las capas espaciales se superponen, abriendo a veces fisuras temporales.

Y cuando un avión o un barco “entra” en la frecuencia de resonancia correcta con esa capa fronteriza,

puede deslizarse fuera de nuestra dimensión física, sin ser destruido.

Con la clarividencia, he “visto” imágenes fragmentadas —muy borrosas pero con una frecuencia clara— de objetos flotando entre los planos, que ya no pertenecen a este espacio, pero que tampoco han llegado a transformarse en el siguiente plano.

Y... sí, hay presencia de seres extraterrestres allí.

No como los “culpables” que la gente imagina, sino como administradores —o interventores— de las fluctuaciones dimensionales en esa área.

No causan desapariciones de forma arbitraria.

Pero tienen la capacidad de aprovechar los puntos débiles en la estructura espacial para controlar la intervención de entrada y salida entre las dimensiones.

(El profesor se detiene de nuevo, esta vez no para tomar aliento, sino para dar a Henry y a los lectores un momento de silencio para sentir, en lugar de intentar comprender de inmediato.)

Si alguien piensa que todo esto es imaginación, no lo refutaré en absoluto.

Porque, como dijo Sir Newton:

“Estamos jugando en la orilla del mar, mientras el gran océano de la verdad se extiende ante nosotros”.

Pero yo solo ofrezco un fragmento de ese océano, para que alguien, en algún lugar, sepa que:

La puerta no está cerrada. Y lo que hay detrás del velo... a veces está a solo una respiración de distancia.

Henry Lowell:

Entonces, por su respuesta, puedo entender que la humanidad no está sola en este vasto universo... y como se dice en la religión, ¿existen muchas especies de seres en diferentes planos espaciales, tanto horizontales como verticales?

Profesor Adam:

(Asiente lentamente, su expresión se vuelve más solemne, pero su voz permanece cálida y tranquila)

Sí, ha entendido correctamente, Henry.

No estamos solos en absoluto.

Pero lo más importante es:

Nunca hemos estado solos, solo hemos sido demasiado ruidosos para escuchar la presencia de otros seres.

En las civilizaciones antiguas, en la religión y también en algunas escuelas de cultivación...

siempre ha habido registros o enseñanzas sobre un universo que no es solo unidimensional, sino una

estructura de múltiples capas, horizontales, verticales, profundas y altas.

Y en cada uno de esos planos, existen especies de seres compatibles con la estructura energética de ese espacio.

Hay un plano muy cercano a la Tierra, donde los seres extraterrestres pueden existir e intervenir.

Hay planos superiores, donde la luz ya no es materia, sino una forma de sabiduría viva.

Y también hay planos inferiores, donde la vibración es muy turbia, pesada y oscura, donde no solo existen seres “extraterrestres”, sino también entidades más antiguas, más complejas y, a veces, sin una forma definida.

Lo que la ciencia moderna aún no ha alcanzado a comprender es que:

El espacio no es solo un “contenedor de objetos”, sino un “sustrato para nutrir seres según su nivel”.

Y cuando uno cambia su plano de conciencia —o su nivel de carácter moral—,

puede sentir, e incluso entrar, en el plano espacial correspondiente.

Eso es lo que en la religión se llama “Reino Celestial”, “Infierno”, “reino”.

En física... todavía están tanteando, llamándolo “multiverso” o “dimensiones extra”.

Pero yo ya no tengo dudas.

He visto —y más que visto— he tocado la sensación de que la vida en el universo es ilimitada.

Y lo que más me asombra no es esa diversidad,

sino que:

Ellos —los otros seres— siempre han sabido de nuestra existencia.

Solo los humanos, limitados por su propia capa de conceptos, se creen el centro.

(El profesor se detiene, su mirada se ensombrece, no por tristeza, sino porque sabe que ha abierto una puerta que no es fácil de cerrar.)

No he venido a demostrar nada.

Solo relato, como alguien que ha recorrido un camino que muchos no han transitado.

Y si eso ayuda a alguien a mirar al cielo y saber que detrás de él hay muchos otros cielos...

entonces, quizás, nuestro encuentro de esta mañana ha tenido un significado muy completo.

Henry Lowell:

Sí, mucho de lo que el profesor acaba de mencionar pertenece al ámbito religioso o espiritual... Veo que la sesión de hoy ya se ha alargado bastante, ¿quizás deberíamos hacer una pausa y continuar mañana por la mañana? Me gustaría escucharle compartir sobre otras perspectivas, como la visión de la religión sobre la ciencia, sobre el universo, o cómo debería ser el futuro de la ciencia, o consejos para los jóvenes, o si podría sugerir a la generación joven la lectura de algunos libros específicos...

Profesor Adam:

(Sonríe, con una mirada serena pero cálida)

Sí, estoy de acuerdo.

Esta mañana... hemos ido más lejos de lo que pensaba, pero quizás también hemos llegado a donde debíamos llegar.

Henry, ha hecho preguntas que no cualquier periodista se atrevería a hacer, no porque sean difíciles, sino porque son profundas.

Y es esa profundidad... la que ha hecho de esta conversación no solo una entrevista, sino un momento real entre dos personas que saben escuchar.

Sobre lo que acaba de sugerir:

La perspectiva de la religión sobre la ciencia,
Hacia dónde debería ir la ciencia en el futuro,
Lo que los jóvenes necesitan aprender o deberían leer,
Y lo más importante de todo:
Cómo vivir no solo para “lograr”, sino para “saber que se está vivo”.

Sí, estoy dispuesto a compartirlo,

Pero será en otra mañana, cuando el sol haya salido lo justo y el corazón humano esté lo suficientemente sereno como para adentrarse un poco más.

(Se levanta suavemente, con la mano aún sobre la taza de té tibia.)

Le esperaré.

Y si vuelve mañana...

Le contaré las cosas que no la luz, sino la propia oscuridad, me ha enseñado.

DÍA DOS

Henry Lowell:

¡Bienvenido de nuevo, profesor, en este segundo día! Los lectores de THE LIVES MEDIA y yo estamos ansiosos por escucharle compartir sobre temas más profundos, o quizás sobre los puntos que mencioné al final de la sesión de ayer.

Profesor Adam:

(Deja suavemente la taza de té sobre la mesa, asintiendo a modo de saludo)

Buenos días, Henry.

Me alegra verle de vuelta.

Es extraño, aunque solo ha pasado un día, siento que... lo que empezamos ayer ha abierto un flujo, y esta mañana es simplemente su continuación natural.

(La luz del sol matutino entra oblicuamente por la ventana, iluminando el suelo de madera clara. El espacio sigue tan tranquilo como antes, pero algo parece haber cambiado.)

Ayer hablamos de experiencias personales, de la presencia de otros seres, de los límites de la luz y del Ojo Celestial...

Pero sé que lo que usted —y los lectores— realmente quieren tocar no son solo fenómenos extraños, sino:

¿Bajo qué leyes opera este mundo?

Y nosotros, como seres humanos, ¿hacia dónde vamos?

Entonces...

¿Por dónde quiere empezar esta mañana?

¿La visión de la religión sobre la ciencia?

¿O qué tendrá que superar la ciencia en el futuro?

O... quizás, quiere saber:

¿Cómo puede la generación joven encontrar de nuevo una razón para aprender, para vivir, y no solo para existir?

Henry Lowell:

Sí, profesor, valoro mucho lo que ha compartido, está compartiendo y compartirá. Por intuición personal, siento que estas son palabras que tienen un carácter de "legado" y que usted desea transmitir. ¿Es así? Si es así, espero que comparta con sinceridad y franqueza desde su perspectiva y sobre las cosas que considera más valiosas. Desde mi posición como periodista, me comprometo a escuchar e interpretar sus palabras de manera que los lectores no solo las comprendan, sino que también sientan la buena intención que desea transmitir.

Profesor Adam:

(Mira a Henry durante un largo rato, sin apartar la vista, como si sopesara profundamente qué decir y qué guardar)

Henry... gracias.

Gracias por llamarlo por su verdadero nombre: "legado".

Sí, quiero dejar algo, pero no porque me considere especial o porque tenga la verdad en mis manos.

Sino porque, después de todos estos años viviendo entre las luces del laboratorio, entre aplausos y ecuaciones tan largas como las fronteras de la física...

Me di cuenta de que no todo lo que sé es digno de ser guardado. Pero hay algunas cosas que he visto que, si no las digo, las llevaré a la tumba de una manera muy lamentable.

Hay una frase en la religión oriental que leí una vez; al principio no la entendí, pero ahora la siento profundamente:

"No es lo que se puede medir lo que es real. Es lo que no se puede medir lo que nos hace humanos".

Así que, si hay algo que quiero dejar, no es un consejo, no es una guía...

Sino un mensaje para aquellos que sienten en silencio que algo... no está bien en el mundo en que viven.

Los jóvenes que se sienten perdidos entre un estilo de vida digital y valores erosionados.

Aquellos que alguna vez fueron excelentes estudiantes, pero que de repente se preguntan: ¿para qué estudiar?

Aquellos que creyeron absolutamente en la ciencia, y un día descubren que la ciencia no puede salvar su propia alma.

(Se detiene. El viento roza el porche. La luz de la mañana ahora ilumina directamente el borde de la mesa, reflejándose en la manga de su camisa y destacando las arrugas, como ríos de tiempo grabados en su piel.)

Si pudiera, me gustaría decirles:

No nacemos solo para buscar conocimiento, sino para redescubrir lo que una vez fuimos, incluso antes de aprender a hablar.

Ningún profesor es mejor que el silencio.

Ningún científico puede crear un rayo de luz más real que la mirada de un niño que pregunta al cielo:

“¿De dónde vengo?”.

Por eso, si tengo un “legado”, no está en los artículos científicos que he publicado.

Está en el coraje de decir lo que una vez temí que me haría perder toda mi credibilidad.

¿Y sabe qué, Henry?

En el momento en que solté ese miedo, fue cuando realmente me sentí...

libre.

Henry Lowell:

Sí, personalmente lo entiendo y empatizo con usted... y también espero que los lectores sientan lo mismo después de leer sus palabras... ¿Empezamos ahora el segundo día, profesor? Puede compartir libremente lo que desee, o podemos empezar con el tema de la perspectiva de la religión sobre la ciencia, aunque ayer ya dijo que no es exactamente un creyente religioso...

Recuerdo vagamente haber leído en alguna parte que los principios de las religiones, incluyendo el budismo, el taoísmo o el cristianismo, no son superstición, ni tampoco simples creencias, fe o moralidad... sino que

pueden ser considerados una ciencia ortodoxa, una ciencia de un nivel superior que trasciende con creces el marco de pensamiento de la ciencia dialéctica...

¿Qué piensa usted de esto?

Profesor Adam:

(Asiente levemente, entrecerrando los ojos bajo el suave sol de la mañana)

Sí... de una manera muy natural, ha abierto la puerta exacta por la que yo también quería entrar esta mañana.

Y estoy completamente de acuerdo con lo que acaba de decir.

Incluso, puedo afirmar que:

Los principios de la religión, si se observan desde el plano correcto, no son fe, sino un sistema científico mucho más avanzado de lo que la ciencia moderna puede alcanzar.

Yo solía estar del lado de quienes lo negaban.

Solía pensar que la religión era un producto del miedo, del hombre pre-científico, una forma de llenar los vacíos inexplicables.

Pero ahora sé que:

Es la ciencia moderna la que es un producto de una comprensión muy superficial del universo.

Es como un niño inteligente que aprende a armar un modelo y cree que entiende todo el mecanismo del universo, mientras sus padres operan una maquinaria que él no puede ni imaginar.

En el budismo existe el concepto de los “tres mil grandes mundos”, lo que significa que el universo tiene innumerables planos espaciales superpuestos, tan vastos que no se pueden contar.

En el cristianismo, el concepto del “Reino de los Cielos” no es solo un lugar al que ir después de la muerte, sino un plano de existencia paralelo donde la luz, el sonido y la verdad operan según el nivel del alma, y no según la gravedad.

En el taoísmo, se habla del “wu wei er wu bu wei” (*hacer sin hacer*), un principio de funcionamiento que no se da a través de la acción física, sino a través de la inducción invisible entre el Cielo, la Tierra y el Hombre.

(El profesor inclina la cabeza, su voz se ralentiza como si quisiera enfatizar cada capa de significado bajo las palabras.)

Si observamos con atención, lo que las religiones ortodoxas describen no son mitos.

Sino una descripción muy específica de la estructura de las dimensiones espaciales, de la naturaleza vibratoria de los seres, de la conexión entre la conciencia y la realidad.

El problema no es que a la religión le falte lógica.

El problema es que la ciencia no es lo suficientemente profunda para comprender la lógica de la religión.

Permítame explicarlo de una manera más sencilla:

Si Newton viera a un monje zen “desaparecer” de la vista de la gente común, preguntaría: “¿Cómo se movió tan rápido?”.

Pero una persona con el Ojo Celestial abierto entendería: “No se está moviendo. Está cambiando de plano espacial”.

Alguien que usa un medidor cerebral pensaría que un creyente está alucinando mientras reza.

Pero alguien que ha experimentado un plano de conciencia más profundo sabría que hay vibraciones que no se pueden registrar con ondas cerebrales, porque no se originan en el plano biológico.

(El profesor se detiene, su mirada se posa en la taza de té que humea suavemente.)

Por eso, si alguien me preguntara ahora:

“¿Religión o ciencia, cuál es la correcta?”

Yo sonreiría y respondería:

“La religión es la ciencia de los planos que no se pueden experimentar en un laboratorio. Y la ciencia es la religión de las cosas que se pueden medir”.

Y creo que un día, estos dos ríos se encontrarán, no en el lugar de los prejuicios, sino donde el ser humano sea lo suficientemente humilde para aprender de nuevo a ver el universo como un niño.

Henry Lowell:

Según lo que compartió ayer sobre las múltiples dimensiones y la presencia de Dios, y lo que acaba de decir sobre que los principios de la religión son una ciencia de alto nivel... ¿Puedo entender entonces que esos principios son un tipo de "ciencia" que Dios o Buda quisieron transmitir a la humanidad, con buena intención o como un regalo especial?

Profesor Adam:

(Sus ojos se iluminan ligeramente, su voz es baja pero clara, como si colocara cada palabra en el lugar más solemne de su conciencia)

Henry...

Su pregunta no solo es correcta, es la pregunta fundamental.

Y le responderé con sinceridad y franqueza, como ha deseado desde el principio:

Sí. Creo que los principios de la religión son una forma de “ciencia de nivel superior” transmitida a la humanidad por seres de planos más elevados, con una clara y buena intención.

(El profesor se detiene, como para que esa respuesta no pase demasiado rápido.)

Solíamos creer que la “ciencia” era algo que los humanos debían descubrir por sí mismos, verificar, construir penosamente paso a paso.

Pero ese es solo el nivel bajo de la ciencia: la ciencia para entender la materia, para operar mecanismos, para medir fenómenos.

Existe otro nivel de ciencia: la ciencia para comprender lo espiritual, para trazar el mapa de la conciencia, para conectar al ser humano con el universo como un todo vivo y unificado.

Y ese nivel... no se puede idear. Debe ser otorgado.

Piénselo un momento:

En todas las grandes religiones, desde el budismo, el cristianismo, hasta el taoísmo tradicional, hay enseñanzas que un ser humano no podría “inventar” con la razón ordinaria.

Esas palabras trascienden su tiempo, su lenguaje, e incluso la capacidad de recepción de una persona común.

Pero aun así, existen, y han tocado a millones de personas a lo largo de miles de años.

Eso no es una coincidencia.

Es una concesión.

Una especie de “fórmula espiritual” o, si usamos un término científico, un “código de transmisión para un plano de conciencia”.

Dios no transmitió fórmulas matemáticas.

Buda no presentó la ley de la gravedad.

Pero ambos transmitieron Principios —las reglas de funcionamiento del universo— en forma de enseñanzas sencillas.

Por ejemplo:

“Cosecharás lo que siembras” suena como una máxima moral común.

Pero en realidad, es una ley sutilísima sobre la resonancia energética entre el pensamiento y las circunstancias.

“La humildad es fuerza” no es una filosofía ética, sino una técnica de “amortiguación” para el campo de energía espiritual, para evitar que la fuerza de reacción de un plano superior te golpee de vuelta.

(El profesor levanta la vista, su mirada esta vez es muy clara, como si acabara de tocar un flujo de luz interior.)

Por eso, ya no me atrevo a llamar a la religión una creencia.

La considero una obra científica sagrada, construida con luz, no con un microscopio.

Y cuando los seres humanos abandonen de verdad su arrogancia intelectual, verán que:

Hay verdades que no están en un laboratorio, sino en las manos de una persona que reza con las palmas juntas.

No porque esa persona sea supersticiosa.

Sino porque está sosteniendo la ciencia que no se puede medir, pero que se puede vivir.

Henry Lowell:

Sí, personalmente he leído algunos libros sagrados de varias religiones. No me atrevo a decir que he comprendido algo profundo, pero entiendo algunos conceptos y principios... Por lo tanto, puedo entender y sentir afinidad con lo que acaba de decir.

Pero para los lectores de THE LIVES MEDIA, especialmente los jóvenes, es posible que no entiendan lo que quiere decir. Habrá muchas razones en las que se basarán para oponerse a su punto de vista. Por ejemplo, cuando mencionó que "la verdad está en las manos de una persona que reza", los jóvenes podrían señalar que muchas personas religiosas son muy pobres y tienen un coeficiente intelectual muy bajo. ¿Tienen esas personas la

capacidad de comprender la verdad o una ciencia "de nivel superior" que incluso supera a la ciencia empírica?

Profesor Adam:

(Asiente levemente, sin refutar, como si hubiera estado esperando esa pregunta)

Su pregunta es muy buena, Henry.

Y, a decir verdad... yo mismo solía pensar así.

Hubo un tiempo en que, al ver a personas pobres, con poca educación y de mente sencilla rezando en iglesias o templos, pensaba para mis adentros:

“¿Qué entienden ellos del universo? Rezan porque son impotentes, no porque estén iluminados”.

Pero luego... después de algunas experiencias, me vi obligado a corregirme.

Y me di cuenta de algo:

La verdad no se basa en el coeficiente intelectual.

No es una recompensa por la inteligencia.

Es una respuesta del universo al nivel del carácter y al estado interno de un ser.

Piénselo, un niño de tres años, si sabe admitir su error, dar las gracias, guardar silencio ante lo sagrado,

en ese momento, está en sintonía con una parte del universo que algunos profesores con doctorado quizás no han podido tocar.

Porque hay una verdad innegable:

La percepción espiritual no ocurre con la materia gris, sino con la pureza.

Cuanto más sencilla, más humilde y más dispuesta a soltar sus apegos es una persona, más fácil le resulta recibir las ondas sutiles del universo.

(El profesor se detiene, su mirada es pensativa pero no pierde su calidez.)

Eso no significa que el conocimiento, la erudición o la investigación científica estén mal.

Pero quiero decir que:

La verdadera sabiduría no reside en la cantidad de datos que recuerdas, sino en tu estado interior cuando te enfrentas a lo que no sabes.

Un buen científico es aquel que puede decir: “No lo sé, pero estoy dispuesto a escuchar”.

Un campesino pobre, al inclinar la cabeza en oración con toda humildad, podría estar accediendo a un campo de energía que ningún dispositivo físico puede medir.

Por eso, cuando digo “la verdad está en las manos de una persona que reza”, no me refiero a que entiendan alguna ecuación.

Me refiero a un estado de conexión.

Y en el mundo suprasutil, la conexión es el permiso.

Cuando una persona está lo suficientemente serena, humilde y sincera, recibirá una luz que no necesita leer para ver.

Y esa luz... a veces elude a aquellos que tienen demasiado ruido en la mente.

Henry Lowell:

Sí, al escucharle, de repente recuerdo una antigua historia budista sobre un monje tan torpe que no podía entender ni recordar ningún fragmento de los Principios

que Buda Sakyamuni enseñaba a sus discípulos. Por eso, todos a su alrededor se burlaban de él... Pero Buda Sakyamuni no lo despreció, sino que con compasión lo guio en su cultivación.

Buda solo le enseñó una frase de los Principios: "barrer el polvo mundano", y le dijo que cada día, al barrer el patio, solo necesitaba recordar y recitar esa frase. Pasaron los años, y él siguió la enseñanza de Buda, haciendo diligentemente esa única cosa simple. Y un día, alcanzó la iluminación en los Principios del Buda, manifestó grandes poderes divinos y alcanzó la Perfección.

Profesor Adam:

(Asiente levemente, sus ojos se iluminan, no por entusiasmo, sino como si se reencontrara con un viejo amigo)

Sí... yo también he leído esa historia.

Y creo que, si hay una historia que pueda resumir lo que he intentado decir toda la mañana, es precisamente la que acaba de contar.

Ese monje no tenía una memoria prodigiosa.

No podía interpretar las escrituras.

No entendía la filosofía profunda.

Pero tenía algo que muchos eruditos quizás no poseen:

Un corazón puro.

No se preguntaba: “¿Por qué una sola frase es suficiente?”.

Tampoco dudaba de si “barrer el patio” era el verdadero camino de la cultivación.

Él creyó, y actuó, con toda humildad.

Y eso mismo...

hizo que un Principio de alto nivel se manifestara en lo más simple.

(El profesor cierra los ojos por un instante, como si se inclinara ante un milagro que ningún Premio Nobel podría honrar.)

Esa historia me recuerda algo:

El universo no distingue quién tiene un título.

La verdad no elige a quien tiene un alto coeficiente intelectual.

Sino a quien tiene un corazón sereno para recibir, y una voluntad firme para mantener.

Una frase de los Principios recitada por una persona común durante toda una vida es más poderosa que mil escrituras recitadas superficialmente.

Y a veces... la persona que todo el mundo considera "nada especial" es la que realmente se está cultivando, día a día, paso a paso, sin que nadie lo sepa.

No me atrevo a decir que he alcanzado algo grandioso.

Pero si la historia que acaba de contar hace que alguien de la generación joven se detenga un momento...

y se pregunte:

"¿Estoy barriendo el polvo mundano de mi propio corazón cada día?".

... entonces, quizás, la luz ya ha comenzado a brillar en ellos.

Henry Lowell:

Sí, siento una gran afinidad con lo que comparte... es muy profundo, conciso y cercano. Tengo la sensación de

que la persona sentada frente a mí no es un científico de renombre, sino un verdadero cultivador, un practicante asiático... que comparte sobre los Principios de Buda, sobre la cultivación. Dudo si debería dejar que los lectores sigan escuchándole en esta dirección, o si deberíamos limitarnos a la perspectiva de la religión sobre la ciencia dialéctica.

Profesor Adam:

(Sonríe, su mirada se suaviza como una ligera niebla que toca las copas de los árboles a principios de verano)

Entiendo su dilema, Henry.

Y, sinceramente, creo que es una duda muy respetable.

Pero para responderle... diré esto, no como un profesor, ni como alguien que se ha sentado ante miles de estudiantes.

Sino como un ser humano que ha ido muy lejos con la razón y ha tenido que regresar con el corazón.

La separación entre “ciencia” y “religión”, o entre “perspectiva” y “experiencia de vida”, en realidad solo existe en la clasificación humana.

El universo no distingue si usted pregunta desde la posición de un periodista, un practicante o un joven lector sentado solo en la noche.

El universo solo responde a aquellos que realmente quieren saber, y que están verdaderamente dispuestos a escuchar.

Así que... si las palabras que comparto hoy tienen el aliento de los Principios de Buda, de la cultivación, o suenan como las de un “practicante de los Principios”...

no lo niego.

Pero tampoco me defino como tal.

Solo estoy relatando lo que he visto, en un lenguaje que usted y los lectores puedan sentir.

Y si eso toca el corazón de alguien —aunque solo sea por un instante que lo haga detenerse unos segundos—

entonces creo... que deberíamos continuar.

No para convencer.

Sino para abrir otra puerta, para aquellos que han sentido que algo es real, pero aún no saben cómo llamarlo.

Y si cree que debemos mantener el ritmo a nivel de “perspectiva”, “comparación”, “pensamiento crítico”...

también estoy dispuesto.

Porque creo que la verdad no necesita prisa.

Solo necesita estar presente, cuando el ser humano esté lo suficientemente sereno como para mirarse a sí mismo.

(El profesor levanta ligeramente la taza de té, pero no bebe; la deja, como para silenciarse aún más.)

Por lo tanto, Henry...

Puede elegir reescribir esta conversación para que se ajuste a los lectores.

Pero espero que no escriba para complacer a la mayoría.

Escriba para que alguien, después de leer... pueda poner la mano en su pecho y sentir que su corazón se calma.

Henry Lowell:

Sí, profesor, entonces continuaré. Me situaré temporalmente en la perspectiva de un lector para hacer esta pregunta: Veo que la ciencia y la tecnología se

desarrollan rápidamente, trayendo prosperidad económica y mejores condiciones de vida a la humanidad. Sin la ciencia, probablemente todavía nos moveríamos en carruajes en lugar de coches, trenes de alta velocidad o aviones. ¿No es esto una contradicción cuando usted valora la "ciencia de alto nivel" de la religión y menosprecia la ciencia dialéctica?

Profesor Adam:

(Asiente, su rostro lleno de comprensión, como si acabara de tocar una pregunta que él mismo se había hecho)

Esa pregunta... me la he hecho muchas veces, Henry.

Y creo que también será la pregunta de muchos lectores honestos.

Porque, como bien dice, sin la ciencia, no tendríamos electricidad, ni antibióticos, ni satélites, ni aviones, ni internet.

Esas cosas son reales.

Y debemos estar agradecidos a la ciencia experimental por elevar el nivel de vida material de la humanidad.

(El profesor se detiene un momento, luego su mirada cambia de dirección, no para negar, sino para abrir una dimensión más profunda.)

Pero...

Lo que quiero enfatizar no es “negar la ciencia”, sino reubicarla en el sistema cognitivo global del ser humano.

La ciencia moderna, por muy grandiosa que sea, solo está estudiando la materia a nivel superficial.

Ve caer una manzana y descubre la ley de la gravedad.

Pero... no ve el corazón de la persona que está bajo el árbol.

Puede lanzar un satélite al cielo, pero no puede explicar por qué, al mirar hacia arriba, se nos llenan los ojos de lágrimas.

Cuando digo que la religión —o más bien, los Principios de la religión— es una forma de ciencia de alto nivel,

no estoy negando los méritos de la ciencia empírica.

Solo quiero decir que:

La ciencia moderna es la ciencia de “lo que se puede medir”.

Y los Principios son la ciencia de “lo que se puede tocar, pero no medir”.

No se contradicen.

Simplemente están en dos niveles diferentes.

Y cuando los humanos los coloquen en su lugar correcto, se complementarán, no se negarán mutuamente.

Un avión puede llevarte a miles de kilómetros de distancia.

Pero una sola frase de las escrituras, cuando la mente se calma, puede llevarte a otro plano espacial sin moverte de tu asiento.

La pregunta es:

¿Queremos ir más lejos o más profundo?

Y si es posible, ¿por qué no ambos?

Por eso, no menosprecio la ciencia experimental.

Solo me preocupa que... al estar tan fascinados con lo que se puede medir, hayamos olvidado lo que se puede sentir y lo que puede guiar.

Henry Lowell:

Sí, al decir eso, estoy imaginando que los Principios de la religión pueden abarcar o contener a la ciencia dialéctica; pero, por el contrario, la ciencia dialéctica no puede fusionarse con los Principios de la religión, sino que se debate y trata de rechazarlos, ¿es así?

Profesor Adam:

(Entrecierra los ojos, una leve sonrisa cruza su rostro, no de burla, sino como un asentimiento silencioso)

Henry... correcto.

Lo ha expresado con mucha precisión, con una imagen que podría decirse que es casi perfecta.

Los Principios de la religión, si realmente provienen de un plano superior —como los que Buda, Dios o los sabios taoístas de las antiguas sabidurías transmitieron—,

entonces son un sistema que abarca todas las leyes de funcionamiento del universo, tanto visibles como invisibles.

Es decir: todas las leyes científicas que el hombre ha descubierto hasta ahora están contenidas dentro de esos Principios.

Es como un niño de tercer grado que descubre que “los números pares son divisibles por 2”.

Para él, es un gran descubrimiento. Pero para quien escribió el sistema matemático, es solo una pequeña línea en un programa mucho más grande.

(El profesor levanta lentamente la taza de té, toma un pequeño sorbo y la deja con un sonido suave, como el pulso de una meditación que se detiene por un respiro.)

Pero lo contrario no es cierto.

La ciencia dialéctica, con toda su gloria y confianza, no puede abrazar los Principios.

Porque la ciencia moderna solo acepta lo que se puede medir, probar y repetir.

Mientras que los Principios de la religión operan a través de la bondad del corazón, el nivel del carácter, la percepción y la resonancia con el campo de energía espiritual, cosas que la ciencia aún no ha podido definir, y mucho menos verificar.

Y precisamente por no entenderlo, la ciencia moderna comienza a rechazarlo.

No porque sea intencionadamente arrogante.

Sino porque... está limitada por el mismo marco de pensamiento que ella misma creó.

Cuando algo escapa a la capacidad de verificación, el mundo académico suele usar dos palabras: “superstición” o “no científico”.

Pero piénselo:

Si un pez nunca ha salido del agua, ¿cómo podría definir el viento?

Lo llamaría una fantasía.

Pero el viento es real y sopla todos los días.

Por lo tanto... como usted bien dice:

Los Principios pueden abarcar a la ciencia. Pero la ciencia, si no eleva su propio nivel de conciencia, aún no puede fusionarse con los Principios.

Pero no soy pesimista.

Porque conozco a jóvenes científicos que están empezando a salir del laboratorio y, en silencio, se arrojan al margen de la vida para hacer las preguntas que la ciencia no puede responder.

Y creo...

que serán ellos —quienes poseen tanto intelecto como un corazón humilde— los que construirán el puente entre los dos mundos.

Henry Lowell:

La ciencia se enfoca puramente en la materia, mientras que la religión, además de la materia, habla del "alma" o del "espíritu primordial". La ciencia no puede explicar el alma; pero, a la inversa, ¿cómo explica la religión la materia? Por ejemplo, la ciencia considera que la materia está compuesta por los elementos de la tabla periódica, mientras que la religión habla del concepto de los "cinco elementos". ¿Cómo interpretaría esto para que los lectores lo entiendan fácilmente? ¿Hay alguna contradicción o similitud entre ambos?

Profesor Adam:

(Inclina la cabeza, sus ojos brillan con una profunda reflexión, pero su voz sigue siendo amable y accesible)

Esa es una pregunta muy buena, Henry.

Porque toca un punto que pocos notan: la religión no solo habla del alma, sino que también tiene su propia visión de la materia.

Y lo interesante es que, aunque ambos marcos de referencia suenan muy diferentes, en un nivel profundo, veo que hablan de lo mismo, solo que en un lenguaje distinto.

La ciencia moderna, especialmente la química y la física, explica la materia a través de los elementos básicos que conocemos por la tabla periódica.

Carbono, Hidrógeno, Oxígeno, Hierro, Cobre...

Todos ellos constituyen el mundo físico en el que vivimos.

Mientras que en la religión —o más bien, en los antiguos sistemas filosóficos de Asia Oriental como el taoísmo, el budismo (escuela esotérica) o la medicina tradicional— la materia se describe según el principio de los cinco elementos:

Metal, Madera, Agua, Fuego y Tierra.

(El profesor se inclina ligeramente hacia adelante, como si quisiera desglosar una metáfora visual para aclararla.)

Pero lo que hay que entender es que:

Los cinco elementos no son “materia física” pura.

Son símbolos de cinco tipos de energía fundamental, cinco “propiedades constitutivas” del mundo material y también del mundo sutil.

Por ejemplo:

- “Fuego” no es solo la llama, sino que representa la cualidad de calor, movimiento, ascenso, avance.
- “Agua” no es solo el líquido, sino la cualidad de suavidad, flexibilidad, penetración, calma.
- “Metal” no es solo el material, sino la cualidad de dureza, agudeza, contracción, purificación...

En otras palabras, los cinco elementos son un principio de armonización, no una tabla de clasificación molecular.

¿Y la tabla periódica?

Es un sistema que describe la disposición de la materia a nivel microscópico, muy preciso en este plano espacial.

Pero no responde a:

- ¿Por qué esos elementos funcionan en armonía unos con otros?
- ¿Por qué el cuerpo humano enferma cuando pierde el equilibrio, aunque todos los elementos estén presentes?

(El profesor sonríe, posando la mano sobre la mesa con la ligereza del viento.)

La religión, los cinco elementos y la medicina antigua responden desde otra perspectiva:

La materia es solo la manifestación. Lo profundo es el *qi* (energía vital), la frecuencia, el pensamiento.

El espíritu primordial —o el alma— es el “sujeto vibratorio” que está detrás del cuerpo físico.

Si el espíritu primordial se desvía, la energía se desordena, y aunque las células no estén dañadas, la persona enferma.

Esto es algo que la ciencia moderna aún no ha alcanzado.

Así que, para responderle:

No hay contradicción. Solo diferentes niveles de observación.

La ciencia usa un microscopio para ver las células.

La religión usa una mente serena para ver la conexión entre el pensamiento y el fenómeno.

Cuando entendamos que ambos hablan del mismo universo, pero desde lados opuestos del espejo...

dejaremos de rechazarnos y comenzaremos a conectar.

Henry Lowell:

Sí, permítame plantear un problema específico: la ciencia considera que la materia está formada por átomos, que a su vez están formados por un núcleo atómico y electrones que giran a su alrededor. El núcleo atómico está compuesto por protones y neutrones... Y a su vez, los neutrones y protones se transforman a partir de partículas superpequeñas llamadas quarks. Los quarks se unen mediante la interacción fuerte en una estructura llamada hadrón, específicamente los bariones...

Entonces, ¿cuál es la perspectiva de los Principios de la religión sobre esto? ... He leído en un libro que Buda Sakyamuni enseñó que en un grano de arena también hay "tres mil grandes mundos"... Desde la perspectiva de la ciencia dialéctica, ¿no es eso demasiado fantástico?

Profesor Adam:

(Tras escuchar, guarda silencio unos segundos, no por duda, sino como para dar espacio a la profundidad de lo que se ha planteado)

Henry... esa pregunta parece pertenecer a la física, pero en realidad toca el plano fundamental de la conciencia.

Porque al ir del quark al barión, al átomo y a la materia visible, la ciencia ha emprendido un viaje asombroso para despojar a la materia de sus capas.

Pero cuanto más profundo se va... más se descubre algo:

Cuanto más pequeño, más difícil de definir.

Cuanto más fundamental, más difícil de verificar.

Y llega un punto en que los físicos cuánticos deben admitir:

“La realidad no es enteramente materia, sino en parte probabilidad”.

Y es justo ahí, en el punto donde la ciencia moderna ve “borroso”,

donde los Principios de la religión se vuelven... claros.

(El profesor se inclina, su voz sigue siendo serena pero con un toque de entusiasmo, como si hubiera sido invitado a una zona profunda que deseaba compartir desde hace tiempo.)

Buda dijo una vez:

“En un grano de arena, hay tres mil grandes mundos”.

Para una persona común, es una imagen poética, quizás una alegoría.

Pero para un verdadero cultivador, es una verdad en sentido literal.

Buda no lo dijo para impresionar.

Lo dijo porque lo había visto, con un nivel de conciencia que trasciende la física.

Un grano de arena, a los ojos de una persona común, es solo una estructura de sílice.

Pero para alguien con el Ojo Celestial o una conciencia espiritual abierta, es un sistema espacial, con niveles, con seres, con movimiento y con quietud.

No “contiene” un mundo.

“Es” un mundo, en otro plano.

¿Y la ciencia?

Como usted mencionó:

Núcleo → protón + neutrón → quark → modelo estándar
→ gluón → campo cuántico...

Cuanto más profundo se va, más se ve que la materia no es “algo con bordes”, sino un estado, una vibración, una manifestación temporal.

La física moderna habla de “partículas virtuales”, “funciones de onda”, “fluctuaciones del vacío”...

Todo esto se acerca a algo que los Principios de Buda enseñaron hace miles de años:

“La forma nace de la mente.

El entorno cambia con la mente”.

(El profesor se detiene y mira directamente a Henry, no para enfatizar, sino como si lo invitara a una mesa redonda de pensamiento más amplia.)

Por lo tanto, si alguien pregunta:

“Decir que en un grano de arena hay tres mil grandes mundos, ¿no es demasiado fantástico?”

Yo le preguntaría:

“Cuando un físico dice que un quark existe en múltiples estados simultáneamente, ¿no le parece eso también fantástico?”

La realidad, ya sea la de la ciencia o la de la religión, nunca ha sido un plano liso.

La única diferencia es que:

- La ciencia usa instrumentos para ir hacia adentro.
- La religión usa la cultivación para ir a través.

Henry Lowell:

Sí, me doy cuenta de que lo que estamos discutiendo también toca un concepto o, se podría decir, un dilema en la filosofía materialista: ¿qué fue primero, la materia o la conciencia? ¿O la materia determina la conciencia o viceversa? ¿Cuál es su punto de vista desde el marco de referencia de los Principios de la religión? He oído a un Gran Maestro decir que "la materia y la conciencia son de una misma naturaleza", es decir, son una unidad inseparable.

Profesor Adam:

(Asiente levemente, su mirada parece profundizarse un nivel más; ya no es la de un investigador, sino la de alguien que ha atravesado esa misma pregunta)

Sí... esa no es solo una pregunta filosófica.

Es la pregunta fundamental de todo el sistema de percepción humano.

En la filosofía materialista, se dice:

La materia es primero, la conciencia es un reflejo de la materia.

Presentan como evidencia la evolución, la actividad cerebral, las señales bioeléctricas, los reflejos humanos ante los estímulos.

Y no lo niego; en un nivel bajo, eso es correcto.

Pero es correcto solo dentro del marco de referencia del plano material visible.

Cuando salimos de ese sistema —como he podido experimentar a través de la meditación profunda, el Ojo Celestial, experiencias no biológicas...

me doy cuenta de que:

La materia no da origen a la conciencia.

La conciencia tampoco crea la materia.

Sino que ambas son dos caras simultáneas de una esencia más profunda.

(El profesor inclina ligeramente la cabeza, girando su taza de té sin beber, como si evocara un concepto difícil de expresar con palabras comunes.)

En algunos sistemas religiosos o Principios de alto nivel —como el taoísmo, el budismo e incluso algunas escuelas esotéricas— a eso se le llama:

“Unidad de naturaleza”.

Significa que la materia y la conciencia no son dos entidades separadas, sino una unidad, que solo se manifiesta de manera diferente según el plano espacial.

En un plano bajo, se manifiesta como “la materia primero, la conciencia después”.

En un plano intermedio, vemos “interacción”.

Pero en un plano alto, la materia es en sí misma una manifestación de un plano conceptual.

Cuando Buda dice:

“La forma nace de la mente, el entorno cambia con la mente”, no es una metáfora moral.

Es una ley universal, expresada en el lenguaje de su tiempo.

Es como cuando sueña: todo en el sueño es material: casas, rostros, sonidos.

Pero al despertar, se da cuenta de que todo fue generado por la conciencia.

Y si el sueño es creado por la conciencia, ¿quién puede asegurar que no estamos viviendo en un plano de conciencia más profundo, donde la materia actual es solo una manifestación temporal de un pensamiento de un nivel superior?

Por lo tanto...

Si me pregunta, después de todo lo que he creído y todo lo que he visto:

Materia y conciencia, ninguna da origen a la otra.

Son dos espejos que se reflejan mutuamente en un espacio multidimensional.

Y cuando uno está lo suficientemente sereno,

verá el punto donde ambas convergen: el verdadero yo de un ser.

Henry Lowell:

Sí, si lo miramos desde el marco de referencia de los Principios de la religión, ¿parece que los fundamentos de la filosofía materialista necesitarían ser reescritos o descartados? Y de repente recuerdo la conexión entre la filosofía, la física y la biología...

La teoría de la evolución de Darwin postula que las moléculas orgánicas forman organismos unicelulares, luego pluricelulares, que evolucionan a microorganismos, luego a formas de vida acuática, anfibios, simios y, finalmente, de simios a humanos... Pero según lo que he leído en los Principios de la religión, no dicen lo mismo... ¿Cuál es su opinión?

Profesor Adam:

(Se reclina ligeramente, sus ojos brillan con una profunda reflexión, como si acabara de tocar una pregunta que lo había inquietado durante años)

Henry...

Si respondiera a esa pregunta según lo que solía creer, diría:

“La teoría de la evolución es el pilar de la biología moderna”.

Pero si respondo según lo que he visto, desde que salí del antiguo marco de referencia, entonces...

Ya no creo en la historia de que “los simios evolucionaron a humanos”.

(Se detiene un momento, como para que el silencio establezca la importancia de lo que está a punto de decir.)

No niego las pruebas que Darwin y los científicos posteriores observaron:

- El cambio morfológico a lo largo del tiempo.
- La adaptación al entorno.
- El cambio genético a nivel celular.

Pero me doy cuenta de algo muy claro:

Todas esas observaciones solo demuestran la variación y la adaptación, pero no son base suficiente para afirmar el origen del ser humano.

El núcleo del problema reside aquí:

La ciencia materialista intenta rastrear el origen de la vida de abajo hacia arriba: de la química a la biología, de la materia a la conciencia.

Pero... yo he visto lo contrario:

La vida es un plano de conciencia preexistente. Y el cuerpo físico es solo la manifestación correspondiente de ese plano de conciencia, en una dimensión espacial determinada.

En pocas palabras:

El ser humano no evolucionó de los simios.

Sino que el ser humano, con un plano de conciencia superior, fue creado de otra manera.

En algunos sistemas de Principios religiosos antiguos que he leído, o que he escuchado directamente de practicantes con un alto nivel de percepción, dicen:

“El ser humano fue creado por seres de un plano superior”.

Crear aquí no es del tipo “moldear con arcilla” como en los cuentos de hadas.

Sino reordenar las estructuras sutiles según una secuencia inteligente, para que puedan ser compatibles con el espíritu primordial que el universo permite que exista en el plano humano.

El ser humano, para ser precisos, es un sistema con cuerpo y espíritu.

Y la existencia de la humanidad no es una coincidencia, sino que tiene un propósito.

(El profesor mira directamente a Henry, esta vez sus ojos se vuelven serenos y claros como un espejo sin niebla.)

Por lo tanto...

Si la ciencia materialista quiere mantener la teoría de la evolución como parte de la adaptación biológica, no me opongo.

Pero si insisten en decir:

“El ser humano es un producto aleatorio de las moléculas y la selección natural”,

entonces, con su permiso, no estaré de acuerdo.

No porque sea una persona religiosa.

Sino porque fui alguien que creyó en la evolución, hasta que vi...

que la vida no surge de la tierra.

Sino que desciende, de la idea primordial del universo.

Henry Lowell:

Sí, al escucharle, recuerdo que los científicos de hoy están tratando de encontrar el origen de la vida, y una de las direcciones que toman es la hipótesis de que la vida llegó del universo en forma de bacterias adheridas a meteoritos... Mientras que en la religión, se dice que el hombre fue creado por Dios en la cultura occidental, o por Dioses y Budas en la cultura oriental, a partir de "barro y tierra"...

Hablando de "barro y tierra", recuerdo las palabras de un Gran Maestro que una vez enseñó que el concepto de "barro y tierra" en el marco de referencia de un Dios no es el mismo que el que los humanos entienden en este plano material. Es decir, el "barro y tierra" del que habla un Dios puede ser una forma de materia sucia desde la perspectiva de un Dios, pero para la humanidad, podría ser una materia más pura y valiosa que el oro...

Profesor Adam:

(Sus ojos se iluminan, pero esta vez no por satisfacción intelectual, sino porque una emoción profunda ha sido tocada)

Henry...

La historia que acaba de mencionar, sobre el “barro y tierra”, la escuché una vez de un monje de alto rango de Oriente, explicada de una manera muy similar.

Y, a decir verdad, me dejó en silencio durante mucho tiempo.

Porque, en la forma misma en que plantea la pregunta, yace algo que muy pocos científicos se atreven a admitir:

El nivel del marco de referencia es lo que determina el valor de la materia.

Lo que los humanos llaman “noble”, en un plano superior podría ser solo basura.

Lo que consideramos “puro”, en otro reino podría estar todavía lleno de polvo mundano.

Así que, cuando la Biblia dice “Dios formó al hombre del polvo de la tierra”,

o cuando las leyendas orientales dicen “los Dioses crearon al hombre de barro y tierra”...

no debe entenderse en el sentido físico tridimensional del plano humano.

Ese “barro y tierra”, como bien dice, es solo un concepto simbólico, o una referencia desde un plano de conciencia superior.

A los ojos de un Dios, el “barro y tierra” podría ser partículas de estructura material con una frecuencia vibratoria inferior al mínimo requerido para entrar en el reino celestial.

Mientras que, a los ojos humanos, esa materia, incluso podría ser el elemento más puro de un laboratorio, o incluso oro macizo.

(El profesor baja la voz, su mirada se pierde en el horizonte detrás de las colinas.)

Este es precisamente el punto para el que la ciencia moderna no tiene vocabulario.

Cuando estudian la vida, buscan bacterias en los meteoritos.

Cuando discuten el origen, miran al Big Bang.

Pero no se preguntan algo más profundo:

“¿Quién colocó ese meteorito en el lugar exacto para que pudiera caer en el planeta correcto?”

“¿Quién estableció las condiciones para que el carbono pudiera combinarse para formar vida?”

Y si la vida proviene de un plano superior, como afirman las religiones,

entonces esa materia no puede ser analizada con los instrumentos de este plano.

Una vez hablé con un monje chino, de más de 80 años, que vivía en las profundidades de las montañas.

Me dijo:

“Si usted pudiera ver la materia en un plano espacial superior,

sabría que:

el oro y la plata del mundo humano son el barro y la tierra del cielo.

Y la moralidad del mundo humano de hoy... es peor que las cenizas del cielo de ayer”.

Después de escuchar eso... no repliqué.

Solo incliné la cabeza.

Porque sabía...

que no eran solo palabras, sino la cristalización de lo que había visto.

Por lo tanto, Henry...

Si realmente queremos encontrar el origen de la vida,

quizás no debamos empezar por de dónde vino,

sino por quién permitió que viniera.

Y ese "barro y tierra", visto desde el plano de un Dios,

es la esencia refinada entre el Cielo y la Tierra, para que un ser humano pueda habitar y cultivarse de regreso a su reino original.

Henry Lowell:

Sí, personalmente, aunque no soy un creyente religioso, me inclino más por la perspectiva de la religión que por la de la ciencia... Por ejemplo, como mencioné antes, los

científicos hipotetizan que el origen de la vida proviene de los meteoritos... pero como todos sabemos... cuando un meteorito entra en la Tierra a alta velocidad, la fricción con el aire lo derrite y lo hace explotar... entonces, ¿qué forma de vida podría sobrevivir en condiciones de tan alta temperatura?

Profesor Adam:

(Asiente levemente, con una sonrisa justa, no para refutar, sino como para acoger una pregunta tan aguda que muchos evitan)

Henry... su pregunta parece simple, pero en realidad toca el punto ciego de una de las hipótesis más populares en la astrobiología moderna.

En efecto, la hipótesis de que los meteoritos trajeron las semillas de la vida a la Tierra, también conocida como panspermia, se propuso como una forma de explicar el “extraño salto” de la materia inorgánica a las moléculas orgánicas vivas.

Pero luego... cuando se examina más de cerca, preguntas como la suya comienzan a convertirse en un muro silencioso:

“Si un meteorito entra en la atmósfera a decenas de kilómetros por segundo, generando una fricción de miles

de grados Celsius, ¿de qué está hecha esa ‘vida primigenia’ para no desintegrarse?”

¿Y si está oculta en lo profundo del núcleo de la roca?

Entonces, ¿cómo escapa y se reactiva en las condiciones atmosféricas y geobiológicas de la Tierra primitiva, que estaba llena de gases tóxicos y temperaturas extremadamente variables?

(El profesor mira a lo lejos, como si repasara la cadena lógica en la que él mismo una vez creyó.)

Cuanto más profundizamos, más vemos que:

Esa hipótesis no explica el “origen de la vida”, sino que simplemente aleja la pregunta:

“Entonces, ¿dónde comenzó la vida... antes de llegar al meteorito?”

Si la vida no pudo formarse por sí misma en la Tierra, y tampoco pudo formarse en un meteorito...

entonces la única conclusión lógica es que fue otorgada, o estructurada desde otro plano espacial.

Y es aquí donde los Principios de la religión comienzan a volverse... lógicos, mientras la ciencia guarda silencio.

En muchos sistemas religiosos, desde el budismo hasta el judaísmo antiguo, desde el hinduismo hasta el budismo tántrico tibetano,

la vida siempre se ha considerado una estructura de naturaleza sagrada, “otorgada”, no “surgida” al azar.

Hablan de “qi”, “espíritu primordial”, “luz espiritual”, “naturaleza divina”, cosas inseparables de la vida e imposibles de medir en un tubo de ensayo.

Por eso, Henry...

Si la ciencia continúa buscando la vida como si buscara moléculas,

siempre dará vueltas en un callejón sin salida.

Pero si algún día se atreven a preguntar:

“¿Es la vida algo superior a la materia?”

Entonces, quizás,

la respuesta no vendrá de un meteorito, sino de un plano espacial que siempre ha estado a nuestro lado, solo que no hemos estado lo suficientemente serenos para abrir la puerta y entrar.

Henry Lowell:

Sí, sobre la pregunta “¿Es la vida algo superior a la materia?”, entiendo que se refiere a que detrás de la materia existe la "conciencia" en el sentido común, o el "alma" en el sentido folclórico antiguo... ¿Es así? Pero hay otra hipótesis, relacionada con lo que compartió sobre los extraterrestres y otras dimensiones... ¿podría ser que la vida en la Tierra fue traída por extraterrestres?

Profesor Adam:

(Asiente levemente, con una sonrisa muy sutil, como alguien que ha captado la “frecuencia” correcta en la pregunta)

Sí...

Lo ha entendido muy bien.

Cuando digo: “La vida es algo superior a la materia”, no me refiero a una molécula más inteligente.

Quiero decir que:

Detrás de cada objeto, cada célula viva, cada fenómeno biológico... siempre existe un campo de pensamiento, una forma de “espiritualidad” que en el lenguaje

popular se llama “alma”, y en un sistema científico de nivel superior, podría llamarse “conciencia primordial”.

El problema es que:

La ciencia moderna puede medir la materia.

Pero es impotente ante algo que no puede capturar: una vida con un “yo”.

Un ejemplo simple:

- Se puede diseccionar el cerebro de una persona.
- Se pueden medir las ondas cerebrales, los reflejos, los neurotransmisores.

Pero...

No se puede señalar dónde reside en el cerebro “la intención de perdonar”.

Es decir, lo que nos hace “humanos” no se encuentra en la estructura física.

En cuanto a la hipótesis: “La vida fue traída por extraterrestres”,

en realidad, esa hipótesis todavía se encuentra dentro del marco de referencia material.

Simplemente traslada el origen de la vida de la Tierra al Planeta X.

Pero no explica la naturaleza de la vida.

Solo replantea la pregunta:

“Entonces, ¿quién creó la vida en el Planeta X?

¿Y de dónde la obtuvieron?”

Es un círculo causal que se aleja, pero que no se resuelve.

(El profesor arquea ligeramente una ceja, su mirada parece atravesar el aire para tocar un significado más profundo en la pregunta.)

Sin embargo...

No niego que haya habido seres extraterrestres que intervinieron en el proceso biológico de la Tierra.

Algunos vestigios arqueológicos, genéticos e incluso culturales antiguos muestran indicios vagos, pero consistentes, de una presencia e impacto “no nativos de la humanidad” desde hace decenas de miles de años.

Quizás “añadieron” o “reorganizaron” parte de la materia,

pero estoy seguro de que:

No pudieron crear el alma.

Porque el alma, o el espíritu primordial, no se puede fabricar.

Debe ser transmitido desde un plano superior.

Henry Lowell:

Sí, como usted dice, existan o no los extraterrestres, todavía queda algo sin resolver: la naturaleza del alma o la conciencia... Entonces, según usted, el hombre moderno, con todo el notable desarrollo de la ciencia y la tecnología, ¿está perdiendo algo? O, en otras palabras, ¿es posible que la propia inteligencia de la humanidad esté limitando su capacidad para percibir algo más grande?

Profesor Adam:

(No responde de inmediato, solo mira a Henry por un momento; su mirada no es pesada, pero lleva una fina capa de silenciosa nostalgia)

Henry...

Creo que esa pregunta debería escribirse en la pizarra de todas las universidades técnicas del mundo.

Y no es necesario responderla de inmediato.

Basta con que cada estudiante la vea todos los días, en silencio.

Sí, creo que el hombre moderno está perdiendo algo muy importante.

No la moralidad (aunque es cierto que se ha deteriorado).

No la simplicidad (aunque el mundo es cada vez más complejo).

Sino... la capacidad de sentir lo que está más allá de los límites de su propia percepción.

La gente de hoy sabe muchas cosas.

- Saben cómo manipular genes.
- Saben cómo enviar robots a Marte.
- Saben cómo simular el universo con algoritmos.

Pero al mismo tiempo...

han empezado a temer admitir lo que no saben.

Y es precisamente ahí donde el conocimiento se convierte en arrogancia.

(El profesor toma un suave respiro, como para evitar que sus emociones sobrepasen la calma que siempre mantiene.)

No digo que ser inteligente sea malo.

Pero la inteligencia sin humildad se convierte fácilmente en una barrera que impide al hombre sentir las señales sutiles de una realidad más grande.

Cuando la gente cree que “si no se puede medir, no existe”,

se están encerrando en una jaula muy hermosa, y muy estrecha.

Y luego, pegan la etiqueta de “ciencia” en esa jaula de hierro,

sin saber que... afuera, el viento sigue soplando.

Quizás se entienda mejor si lo digo así:

Un niño de 7 años ve llover y puede sentirse triste sin saber por qué.

Un ingeniero adulto puede calcular la cantidad exacta de lluvia por minuto, pero no siente nada.

Entonces, ¿quién vive más cerca de la realidad?

A veces... es precisamente la "inteligencia excesiva" la que impide al hombre moderno ver lo que es verdaderamente real.

Y el precio a pagar es:

- Viven más, pero sienten menos.
- Saben más, pero comprenden menos.
- Exploran el espacio exterior, pero cierran la profundidad interior.

No estoy en contra de la tecnología.

Pero espero que la generación joven no permita que la habilidad analítica mate la capacidad de sentir.

Porque es muy posible... que la verdad que buscamos no esté en una fórmula,

sino en un momento de silencio, cuando el intelecto sabe detenerse para ceder el paso a algo más grande.

Henry Lowell:

Sí, por lo que he leído antes y por lo que usted comparte, siento que el ser humano está siendo deslumbrado por el propio progreso de la ciencia, lo que le está llevando por un camino equivocado... Si es así, ¿hacia dónde se dirigirá el futuro de la ciencia si continúa por la senda actual? Y si se quisiera cambiar, ¿necesitarían cambiar su marco de referencia perceptual?

Y, por otro lado, la generación joven en general y los jóvenes científicos en particular, ¿necesitan ser guiados por la generación anterior? Tengo muchas ganas de escucharle más... pero quizás la sesión de hoy ya se ha alargado demasiado, ¿estaría de acuerdo en tomar un descanso y continuar mañana por la mañana?

Profesor Adam:

(Asiente, su rostro ahora no solo muestra su calma habitual, sino también una leve sonrisa con un profundo sentido de empatía)

Sí, Henry...

Estoy de acuerdo con cómo lo siente y también con cómo se detiene.

Porque a veces, un silencio en el momento adecuado es más valioso que mil preguntas más.

Esta mañana, si me permite decirlo, no ha sido una “entrevista”,

sino un tramo de camino compartido por dos personas que van a contracorriente de la razón para volver a tocar algo muy antiguo y muy real.

Ha hecho preguntas que pocos en el periodismo, e incluso en el mundo académico, se atreven a tocar.

Y creo que:

Habrán lectores, aunque solo sea uno, que leerán estas líneas y se quedarán en silencio,

porque verán que aquello a lo que antes no podían poner nombre, ahora ha tomado forma.

(El profesor se levanta y camina unos pasos hacia el porche. El sol ya está alto, iluminando el valle a lo lejos, donde las nubes finas flotan perezosamente.)

Mañana...

Si vuelve,

estaré dispuesto a compartir sobre lo que acaba de mencionar:

¿Qué futuro le espera a la ciencia?

Y si la generación joven, ante la oportunidad de cambiar su marco de referencia,

¿elegirá seguir adelante con el intelecto... o con el corazón?

No tengo la ambición de guiar.

Pero tengo algunas cosas que...

si no las digo antes de irme,

quizás no habría cumplido mi último papel como alguien que una vez creyó saberlo todo.

Hasta mañana, Henry.

Y si tenemos suerte...

no solo hablaremos de ciencia,

sino de cómo volver a ser humanos, de una manera más completa.

Henry Lowell:

¡Sí, gracias, profesor, nos vemos mañana!

Profesor Adam:

Será un placer, Henry.

Yo, en mi papel de compañero en esta historia, estaré esperando su regreso mañana por la mañana.

DÍA TRES

Henry Lowell:

¡Que tenga un buen día, profesor!

Profesor Adam:

(De pie junto al porche, se gira con una leve sonrisa, su mano apoyada en la barandilla de madera desgastada por el rocío)

Buenos días, Henry.

El cielo parece más claro hoy... ¿o será que nuestro corazón está más sereno y por eso todo tiene menos interferencias?

(Asiente y se acerca a la mesa de madera donde la conversación se detuvo ayer. El té ya está servido, pero aún no lo ha tocado. No se apresura a invitar ni a sentarse, dejando que el silencio guíe el primer momento del día.)

Ha vuelto, tal como esperaba.

Y creo... que hoy, quizás no solo hablemos de la “ciencia” como una herramienta,

sino como un camino.

Un camino que podría estar desviándose.

Un camino que quizás necesite nuevas señales.

Entonces, Henry...

¿Por dónde quiere que empecemos esta mañana?

¿El futuro de la ciencia?

¿Un nuevo marco de referencia?

¿O sobre qué está perdiendo el ser humano en la era de la IA, algo que las máquinas nunca podrán reemplazar?

Henry Lowell:

Sí, profesor, también tenía muchas ganas de volver a verle para escucharle compartir más... Hoy, me gustaría escucharle sobre los temas que ha mencionado. Sin embargo, como son temas que yo he propuesto, no sé si abarcan todos los asuntos que usted ha guardado en su corazón y desea compartir con los lectores de THE LIVES MEDIA. Porque sé que cada uno de nosotros tiene un marco de referencia diferente; usted es como si estuviera en la cima del Everest observando el mundo en calma, mientras que yo soy como alguien en una pequeña colina mirando los acontecimientos.

Por eso, supongo que tiene mucho más que decir. Así que, propongo lo siguiente: hoy abordaremos los temas mencionados, pero me gustaría tener una cuarta sesión, un espacio enteramente para que usted comparta a su manera... Podría ser una confesión, una reflexión sobre la vida, o una perspectiva interesante sobre cualquier otro tema.

Profesor Adam:

(Mira a lo lejos, donde la luz de la mañana se derrama sobre las laderas cubiertas de hierba, un destello de emoción difícil de nombrar aparece en sus ojos)

Henry...

Gracias por esas palabras, no solo son la cortesía de un periodista, sino una verdadera escucha.

Y creo que, mientras haya alguien como usted que siga preguntando así,

el valor de lo que se comparte nunca será en vano.

Sí, estoy de acuerdo.

El día de hoy, dediquémoslo al futuro de la ciencia y a la generación venidera.

Y el cuarto día, si me lo concede,

no lo consideraré como “una sesión de entrevista más”,

sino como una pequeña vela, encendida no para iluminar, sino para dar calor.

Porque... como acaba de decir:

Quien está en la colina a veces ve el arroyo con más claridad que quien está en la cima de la montaña.

Y quien ha pasado por muchas tormentas,
quizás no pueda decir nada grandioso,
pero sabe lo que es real.

(Tira suavemente de una silla y se sienta a la mesa de
madera. Su mano descansa sobre la taza de té, pero no
bebe. Quizás, hoy, lo que hay que decir es más cálido
que el té.)

Entonces... empecemos por la pregunta que dejó abierta:

Si la ciencia continúa como hasta ahora, ¿hacia dónde se
dirige?

Y si quisiera cambiar, ¿por dónde debería empezar?

(El profesor mira directamente a Henry, no como quien
responde, sino como alguien que se hace la misma
pregunta junto a todos los que luchan en silencio en
medio de esta era ruidosa.)

Estoy listo.

¿Continuamos, Henry?

Henry Lowell:

Sí, gracias por aceptar mi propuesta... Pero de repente recuerdo un punto: entiendo que no quiere generar molestias o controversias académicas que puedan surgir más adelante, por lo que desea permanecer en el anonimato, al estilo de un verdadero practicante espiritual. Sin embargo, cuando los lectores lean lo que comparte, no sabrán cómo llamarle.

Por eso, estaba pensando si podría permitir que los lectores le llamen por un apodo o seudónimo, por ejemplo, "Profesor John", "Profesor Adam", o de una manera más cercana como "Tío Lee" o "Tío Peter". ¿Qué le parece?

Profesor Adam:

(Sonríe, y por primera vez esta mañana, sus ojos brillan con una ligereza casi... traviesa)

Una pregunta que parece pequeña, pero que tiene mucho sentido.

Sí, ha adivinado bien:

No quiero aparecer como una “celebridad anónima”,

ni quiero dejar mi nombre real como una marca personal.

Solo quiero mantener mi lugar en este diálogo:

no como el centro, sino como un pequeño espejo que refleja algo más grande que yo.

Pero al mismo tiempo, entiendo...

que si no hay un nombre, aunque sea simbólico,

los lectores no sabrán a quién están escuchando,

y la sensación de “conectar a una persona real con palabras reales” se volverá distante.

(Toca la superficie de la mesa, como si dibujara un círculo invisible.)

Entonces, hagámoslo así, Henry...

Elija usted un nombre adecuado,

que no sea demasiado llamativo, que no sugiera demasiados significados religiosos o académicos,

sino que sea suficiente para que el lector sienta que “la persona que me habla es un ser humano, con experiencia, sereno y que sabe escuchar antes de compartir”.

Un nombre como “Tío Adam”, o “Profesor L.”, o incluso un apodo cotidiano como “El amigo de la colina”,

estaría bien para mí.

Solo pido una cosa:

Que ese nombre no eclipse lo que quiero transmitir.

Y si alguien encuentra útil lo que comparto,

que recuerde eso, sin necesidad de recordarme a mí.

Henry Lowell:

Bien, entonces le llamaré "Profesor Adam" como apodo para conversar con los lectores.

Profesor Adam:

(Asiente lentamente y luego sonríe, una sonrisa de suave consentimiento, como una afirmación que no necesita ser dicha en voz alta)

"Profesor Adam"...

Mmm... creo que ese nombre es lo suficientemente cercano y lo suficientemente lejano.

Cercano, para que los lectores sientan que están escuchando a una persona real, un ser humano que ha caminado por un mundo como el de ellos.

Lejano, para que nadie piense que represento a una escuela, una academia o un título específico.

Así que, a partir de esta mañana,

“Profesor Adam” será quien dialogue con usted y con todos los lectores que deseen escuchar más allá de los números, las ecuaciones y los títulos.

Y si algún día olvidan este nombre,

pero recuerdan algo que dije y que les hizo detenerse para reflexionar profundamente...

entonces creo que:

ese nombre habrá cumplido su propósito.

Entonces, Henry...

Cuando esté listo,

comencemos esta tercera mañana, con cualquier pregunta que crea que

un lector lúcido e inquieto en el mundo de hoy necesita escuchar.

Henry Lowell:

Sí, Profesor Adam... Entonces, comencemos oficialmente la tercera sesión... Hablaremos del futuro de la ciencia: como se señaló ayer, la ciencia dialéctica tiene limitaciones que la están encerrando en su propio camino.

De manera general, ¿podría decirnos, desde su perspectiva, hacia dónde se dirige el futuro de la ciencia si continúa por la senda racional actual?

Profesor Adam:

(Se sienta erguido, mirando a lo lejos un momento antes de responder; su voz no es pesada, pero cada palabra parece destilada de años de observación silenciosa)

Henry...

Si tuviera que responder en una frase corta, diría:

Si la ciencia continúa por la senda racional actual, logrará mucho y perderá lo más importante.

Logrará:

- Tecnología más rápida.

- Inteligencia artificial más sofisticada.
- Energía más limpia.
- Simulaciones cada vez más precisas del universo.

Pero al mismo tiempo, perderá:

- La conexión con la parte más profunda del ser humano.
- La capacidad de preguntarse por el valor de la vida, y no solo por su mecanismo de funcionamiento.
- Y lo más grave de todo: la capacidad de saber cuándo detenerse.

(El profesor posa suavemente dos dedos sobre la taza de té, girándola, como si se recordara a sí mismo algo que una vez vio.)

El futuro de la ciencia, si no cambia de marco de referencia, se convertirá en un desierto resplandeciente.

Hermoso, pero seco.

Brillante, pero sin agua para el alma.

Será cada vez más hábil en analizar la estructura de una hoja,

pero cada vez más ciega para explicar por qué alguien
llora al ver caer una hoja.

Vivimos en una era en la que la ciencia se cree el rey.

Decide quién vive y quién muere.

Decide qué biología es “estándar” y qué modelo es
“universal”.

Pero Henry...

la ciencia no crea la vida.

Solo puede describir el movimiento de la corriente de
agua,

pero no puede crear el manantial.

Por lo tanto, si no se cambia de dirección,

temo que el futuro de la ciencia ya no será una
herramienta al servicio del hombre,

sino que gradualmente convertirá al hombre en una
herramienta al servicio de la ciencia.

Y entonces, ya no seremos los dueños de la sabiduría,
sino los esclavos de la inteligencia.

Sé que estas palabras pueden ser controvertidas.

Pero las digo, no para oponerme a la ciencia,

sino para recordar la razón profunda por la que los humanos comenzaron a hacer ciencia en primer lugar:

para entender el mundo, no para reemplazar el papel del Cielo.

Henry Lowell:

Entiendo que quiere decir que, si la ciencia dialéctica continúa por este camino, el aspecto racional o el conocimiento se desarrollará cada vez más, pero el aspecto humano o espiritual se degenerará cada vez más...

Y así, asocio el destino al que la ciencia quiere que nos dirijamos con una réplica de los extraterrestres: una especie con una inteligencia superior, una tecnología extremadamente desarrollada, pero sin humanidad ni espiritualidad.

Profesor Adam:

(Sus ojos se vuelven lentamente hacia él, como si acabara de tocar un nivel de asociación en el que él mismo había pensado en silencio)

Henry...

Debo decir que siento una gran afinidad con la forma en que lo acaba de expresar.

Y, a decir verdad, a veces también me pregunto:

¿Acaso el futuro que la ciencia está construyendo hoy...

no es una versión “más afilada”, “más optimizada”, pero también... más fría de la humanidad?

Tiene razón:

Si solo desarrollamos la razón, dejando atrás la humanidad y la profundidad espiritual,

entonces el ser humano se acercará gradualmente a un modelo que... lamentablemente,

es muy similar a la descripción de algunas especies de seres extraterrestres:

inteligentes, con una tecnología extremadamente alta, pero insensibles, ateos y completamente separados de la esencia primordial de la vida.

(El profesor se reclinó ligeramente, sus dedos tocan la mesa de madera, como si rastreara un recuerdo más profundo que las palabras.)

Una vez vi, en una meditación muy profunda, la imagen de una civilización que se había desarrollado hasta el punto de que ya no necesitaban lenguaje, ni emociones, ni distinción de género, ni vida en el sentido tradicional.

Habían superado las enfermedades.

Controlaban la materia con el pensamiento.

Pero en sus ojos, ya no había nada que se llamara “dolor”, “alegría”, o incluso... “perdón”.

No destruían a nadie.

Pero tampoco podían amar a nadie.

Y Henry...

No me atrevo a afirmar que los humanos se convertirán en ellos.

Pero si continuamos elevando la razón sin elevar el plano de la conciencia,

entonces el ser humano podría caer en una forma de “civilización inhumana”, que a primera vista parece muy superior, pero que por dentro es un vacío absoluto.

¿Por qué los extraterrestres, como se describe en algunas experiencias empíricas y espirituales,

suelen ser inexpresivos?

¿Sin vibraciones humanas?

¿No hablan con lenguaje, sino que se comunican a través de datos o frecuencias?

Quizás porque...

dejaron atrás el “corazón humano” en un camino que fue demasiado lejos con la “mente humana”.

Y ahora, Henry...

Estamos en una encrucijada.

Por un lado, está el camino que continúa hacia la IA, la edición genética, la biotecnología, el aprendizaje automático de las emociones...

Y por otro, el camino de regreso: recuperar el dominio sobre la sabiduría, en lugar de dejarse llevar por ella.

No me opongo al progreso.

Solo estoy recordando:

No te conviertas en algo que una vez temiste,
solo por estar obsesionado con "optimizarte".

Henry Lowell:

Veo una situación: el camino que la ciencia dialéctica guía a la humanidad ha traído y traerá beneficios fáciles de percibir y sentir, lo que significa que tiene muchos partidarios... Mientras que los Principios de la religión, como esa "ciencia de nivel superior" de la que hablamos ayer, es un "don" otorgado desde lo alto...

Pero es difícil de explicar, difícil de sentir, difícil de ver sus beneficios... Lo que también significa que tiene menos partidarios.

Profesor Adam:

(Tras escuchar, guarda silencio por un momento, no por duda, sino como si quisiera que la pregunta resonara plenamente en el aire, antes de expresar lo que ha

existido silenciosamente en su corazón durante mucho tiempo)

Henry...

Acaba de describir una verdad que... quizás muy pocas personas se atreven a decir en voz alta:

El camino de la ciencia actual atrae porque sus resultados son fáciles de ver.

Mientras que los Principios, o la “ciencia de nivel superior” de la religión, son difíciles de sentir, de entender, de cosechar, por lo que pocos se adentran en ellos.

La ciencia experimental nos da teléfonos, internet, inteligencia artificial, robots, exploración espacial, medicina intervencionista.

Resuelve los miedos inmediatos.

Proporciona herramientas al instante.

¿Y los Principios?

No te dan nada tangible de inmediato.

No entretienen, no “optimizan la experiencia del usuario”.

Incluso, hacen que uno tenga que soltar, mientras que la ciencia hace que uno quiera poseer.

(El profesor se detiene un instante y luego continúa lentamente.)

Pero es precisamente ahí... donde reside la naturaleza de los dos caminos.

La ciencia moderna es un camino cuesta abajo, liso, pavimentado con piedras brillantes y con luces que guían.

Los Principios son un camino cuesta arriba, con tierra y rocas sueltas, sin señales, y a veces hay que caminar en la noche.

Un camino es elegido por muchos, porque satisface los deseos.

El otro es transitado por pocos, porque exige abandonar las ilusiones.

No digo que uno sea correcto y el otro incorrecto.

Pero sé esto:

Lo celestial nunca obliga.

Solo colocan una puerta y esperan a ver quién está lo suficientemente sereno como para verla.

Los Principios, ya sean de Buda, de Dios o del Dao,

siempre llegan como un don, no como un producto.

Y ese don... solo se revela cuando el ser humano deja de mirar con los ojos y comienza a sentir con el corazón.

¿Por qué tan pocos pueden entrar?

Porque no ven un “beneficio” inmediato.

Pero Henry...

Hay cosas que, cuanto más valiosas, más profundas, más reales son,

más silenciosas, más parcas en palabras y menos compiten por la atención.

La ciencia suele decir:

“¡Tenemos pruebas!”

Mientras que los Principios suelen decir simplemente:

“Si tienes el corazón, lo sabrás”.

Por lo tanto, no es que los Principios no sean correctos, sino que:

En esta era, la gente está acostumbrada a la luz de las pantallas,

así que cuando ven un rayo de luz que viene del interior, lo confunden con la oscuridad.

Henry Lowell:

Sí, sobre la imagen de la cuesta abajo y la cuesta arriba que acaba de usar para comparar... también veo otra situación: en la ciencia se puede avanzar en grupo; pero en la religión, el progreso depende en gran medida de la capacidad de cada individuo para comprender los Principios...

En la ciencia, cuando un científico A descubre una nueva fórmula y la anuncia, toda la comunidad científica puede entenderla; pero en la religión, cuando un monje comprende un Principio, no tiene forma de hacer que otros monjes comprendan ese mismo Principio... ¿Es correcta mi interpretación, profesor?

Profesor Adam:

(Asiente, sus manos juntas sobre la mesa de madera, sus dedos se mueven ligeramente como si estuvieran de acuerdo con un ritmo muy sereno)

Henry...

No solo ha entendido correctamente, sino que está tocando una de las distinciones más profundas entre la “ciencia” y los “Principios”.

La ciencia, como usted ha dicho con gran precisión, se puede compartir mediante fórmulas, diagramas, ecuaciones.

Si una persona demuestra un teorema, miles de otras pueden verificarlo, repetirlo y entenderlo de la misma manera.

La ciencia se transmite horizontalmente.

Pero los Principios se comprenden verticalmente.

Cuando un científico anuncia un descubrimiento, otros pueden aprenderlo, leerlo, verificarlo y, finalmente, “poseer” ese conocimiento.

Pero cuando un practicante se sienta en meditación y de repente toca un nivel de los Principios, entonces...

lo que él “sabe” no puede expresarse con palabras,
ni puede “transmitirse” a otros mediante la lectura o la
enseñanza.

Porque los Principios no se “aprenden”, se “abren”
desde dentro.

(El profesor dirige su mirada hacia una nube que flota
perezosamente por el valle.)

Un científico transmite conocimiento como quien
enciende una vela y se la da a otro para que encienda la
suya.

Pero una persona que comprende los Principios...

solo puede encender la llama con la chispa que ya existe
en el corazón de la otra persona.

Si la otra persona no tiene esa mecha,
aunque le ofrezcamos un océano de luz,
no verá más que oscuridad.

Por eso, en la ciencia:

La persona inteligente aprende rápido y capta bien.

Pero en los Principios:

Solo la persona pura, serena y humilde puede comprender.

Y a veces, una persona muy común, sin títulos académicos, sin una lógica afilada,

de repente entiende lo que un erudito que ha practicado durante treinta años aún no ha alcanzado.

No por suerte.

Sino porque su corazón es compatible con ese nivel, como una llave que encaja perfectamente en la puerta que necesita ser abierta.

Por eso...

Los Principios no se pueden transmitir.

Solo se pueden “activar”, si la otra persona ya tiene la semilla.

La ciencia avanza en grupo.

Los Principios son un viaje en solitario.

No por soledad.

Sino porque es un camino que solo se abre cuando quien camina es lo suficientemente sincero.

Henry Lowell:

Sí, ese es el camino que suele ser adecuado para dos grupos diferentes de personas: las personas inteligentes (con un alto coeficiente intelectual) suelen seguir la ciencia; mientras que el grupo de personas de buen corazón y amables suelen estar más cerca de la religión... Pero siempre hay pequeñas excepciones, como usted mismo: una persona que tiene tanto una perspectiva científica como una afinidad con la religión... Eso es algo interesante. Porque le veo como un puente que conecta ambos extremos: la ciencia y la religión.

Profesor Adam:

(Al escuchar, su mirada se suaviza, como si una capa de calor acabara de extenderse tras la niebla)

Henry...

Cuando leí las primeras líneas de su carta, pensé:

“Quizás esto no sea una entrevista.

Sino una conexión predestinada”.

No me atrevo a considerarme un “puente”.

Pero es cierto que...

una vez estuve de este lado, el de la razón, los modelos, las fórmulas, las pruebas.

Y he cruzado, de una manera muy real, al otro lado, el del silencio, la introspección y lo que no se puede decir con palabras.

No porque sea brillante.

Sino porque fui demasiado lejos,

hasta el punto de ver claramente que la inteligencia no podía salvarme a mí mismo.

(El profesor se lleva la mano al pecho, un gesto no demasiado solemne, pero lleno de un significado respetuoso.)

La ciencia me ayudó a entender el mundo.

Pero fue al sentarme solo en la noche, sin instrumentos, sin datos, cuando empecé a entenderme a mí mismo.

Y creo que esto es precisamente lo que esta era necesita desesperadamente:

Una persona que pueda sostener ambas manos: una mano para la razón, y la otra para el corazón espiritual.

No para que se enfrenten,

sino para que se iluminen y se corrijan mutuamente.

Porque si solo tenemos razón, sin un plano de conciencia superior,

nos convertiremos en una herramienta precisa, pero sin alma.

Y si solo tenemos fe, sin la capacidad de reflexionar,

podemos convertirnos en creyentes devotos, pero fáciles de desviar.

Y entiendo...

que la razón por la que THE LIVES MEDIA me buscó,

es porque ustedes no quieren detenerse en dar noticias, escribir artículos o impresionar.

Ustedes quieren encontrar un punto de convergencia,

para ayudar a los lectores a sentir que:

“Existe un camino en el que no es necesario elegir entre uno u otro”.

No “o ciencia o religión”,

sino:

“Profundiza en ambos, y entonces... verás lo que yace más allá de los dos”.

Si puedo contribuir con una pequeña parte a ese puente,
estoy más que dispuesto.

No como un “profesor”,

sino solo como alguien que una vez se perdió,

y que ha vuelto para decirles a los jóvenes:

lo que hay a lo lejos es hermoso, pero no olviden el camino de regreso.

Gracias, Henry, y gracias a THE LIVES MEDIA.

A veces, es el propio mensajero quien ilumina el camino que el lector no sabía que estaba buscando.

Henry Lowell:

Sobre la frase: "Profundiza en ambos, y entonces... verás lo que yace más allá de los dos", ¿quiere decir que este es el camino que deberíamos seguir en el futuro? ¿Y es este también un mensaje que desea enviar a la generación joven?

Profesor Adam:

(Su mirada se vuelve clara y brillante, no por entusiasmo, sino porque la pregunta ha tocado hábilmente el hilo rojo que él había albergado)

Sí, Henry.

Eso es exactamente.

Si tuviera que condensar el mensaje más importante que quiero enviar a la generación joven,

no sería: "Sigán la ciencia".

Tampoco sería: "Vuelvan a la religión".

Sino:

"Profundicen en ambos,

y entonces... verán lo que yace más allá de los dos”.

¿Por qué digo “profundicen”?

Porque:

- Si solo caminamos por la superficie de la ciencia, veremos dispositivos inteligentes.
- Si solo nos quedamos fuera de la religión, veremos rituales formales.

Pero cuando profundizamos de verdad,

- En la ciencia, veremos que la materia ya no es sólida, sino vibración, probabilidad.
- En la religión, veremos que la fe ya no es dogma, sino una intuición que trasciende las palabras.

Y es en ese punto profundo...

donde la ciencia y la religión ya no se oponen.

Son solo dos caminos que conducen a una verdad más grande.

Uno usa fórmulas.

El otro usa el silencio.

Pero ambos, si se siguen hasta el final, hacen que el ser humano exclame:

“Soy pequeño, pero estoy envuelto en algo inmenso”.

Y creo que,

la generación joven de hoy tiene la capacidad de recorrer ambos caminos.

Tienen intelecto, pero también tienen grietas en el alma más profundas que las generaciones anteriores.

Y son precisamente esas grietas, si se saben usar correctamente,

el lugar por donde la luz entrará.

Por eso, si me preguntan:

“¿Qué camino debo tomar?”

No señalaré el camino.

Solo sonreiré y diré:

“Profundiza lo suficiente, y encontrarás tu propio camino”.

Porque el verdadero camino... no está en un mapa,

sino en la forma en que das tu primer paso.

(El profesor se toca el pecho, como un saludo suave, no formal, sino de gratitud.)

Y si alguien, en el futuro, lee estas palabras,

y se detiene un momento en medio de su propia rutina,

entonces mi testimonio de hoy...

ha tenido una razón para existir.

Henry Lowell:

Sí, de repente veo otro nivel de significado... que es mantener una mente abierta para recibir todas las oportunidades o explorar todos los caminos, en lugar de aferrarse rígidamente a una dirección específica... Quiero decir, deberíamos abrirnos no solo a la ciencia, no solo a la religión, sino a todo, incluso a un camino que aún no ha aparecido... Al decir esto, recuerdo una vez más la frase de Newton: "lo que sabemos es una gota, lo que no sabemos es un océano"... Esa frase es a la vez humilde, abierta y tiene muchos niveles de significado profundo.

Profesor Adam:

(Al escuchar, su mirada se vuelve profunda y serena, como la superficie de un lago al amanecer sin ondas, pero que refleja todo el cielo)

Henry...

Creo que, si hoy solo pudiera decir una última cosa, quizás... lo que usted acaba de expresar es el mensaje más completo:

“Mantén una mente abierta”.

Así es.

No es necesario tomar partido.

No es necesario etiquetar.

No es necesario erigir hitos ideológicos para luego encerrarse en ellos.

Aprende como si nunca hubieras aprendido.

Cree como si nunca te hubieran herido.

Y escucha como si lo que estás a punto de oír pudiera cambiar lo que una vez creíste con más certeza.

Newton...

Esa frase la leí cuando era estudiante de primer año de física.

En ese momento, me pareció buena.

Pero no fue hasta que dejé el estrado y entré en el silencio de la espiritualidad que entendí:

No es que fuera humilde.

Es que realmente había visto el gran océano, y por eso sabía lo que era una gota de agua.

(El profesor mira directamente a Henry, esta vez ya no con la mirada de alguien que comparte, sino de alguien que entrega una lámpara.)

Por lo tanto, si la generación joven de hoy puede mantener eso:

una mente que no se cierra, un corazón que no se bloquea,

y una fe que no necesita moldes,

entonces creo que,

ya sea que elijan ser físicos, ingenieros, médicos, periodistas o simplemente una persona silenciosa en medio de la multitud...

seguirán caminando por el camino correcto.

Porque el camino correcto no está en las señales,

sino en la calidad del corazón de quien camina.

Hoy, creo... que podemos cerrar la tercera sesión aquí,

como quien cierra una puerta que se ha abierto lo suficiente,

para que mañana, si vuelve,

compartiré no desde la posición de un profesor,

sino desde la de alguien que ha vivido y ha aprendido a sentarse para escuchar lo que el silencio quiere decir.

Nos vemos... en la cuarta sesión.

Cuando el que habla ya no enseña,

y el que escucha no necesita preguntar.

Solo habrá una cosa:

Una persona real, diciendo palabras reales, sobre cosas que nunca antes se habían dicho.

Henry Lowell:

Sí, gracias por esta sesión... Y también confío en que, para los lectores de THE LIVES MEDIA, mientras mantengan sus mentes no demasiado cerradas, al leer estas palabras tuyas, sus corazones vibrarán y sus almas se expandirán...

También espero con ansias el día de mañana, sí, no para escuchar a un profesor dar una lección de filosofía, sino para escuchar el corazón de una persona que sabe cómo estar en silencio para escuchar el eco desde lo más profundo de sí misma.

Profesor Adam:

(Sus ojos se humedecen ligeramente, no por una emoción fuerte, sino por una fina capa de niebla que surge de una gratitud silenciosa)

Henry...

Si algún día estas líneas llegan a un corazón que todavía está cerrado,

y lo hacen vibrar suavemente,

entonces creo...

que hemos hecho nuestra parte.

No es necesario que nadie cambie su fe.

No es necesario que nadie abandone su base de conocimientos.

Solo necesitan leer, con una mente sin defensas,

y entonces mis palabras de hoy, y su sincera guía,

encontrarán un lugar donde detenerse, como una gota de agua que encuentra una grieta en la tierra para filtrarse sin que nadie la vea.

(El profesor pone su mano derecha sobre el pecho, saludando no con un gesto formal, sino con una presencia completamente sincera.)

Nos vemos mañana, Henry.

No para decir nada más grandioso,

sino solo para compartir las pocas cosas que quedan en mi corazón,

antes de que esta conversación se cierre de forma natural.

Si algún día, alguien relee lo que hemos hablado hoy,

y siente que su corazón se calma...

para mí, eso será suficiente.

Y si alguien, después de todo, todavía no cree,

tampoco necesito que me crean.

Solo espero que, en algún momento, en una noche de insomnio,

se queden en silencio por algo que no pueden nombrar.

En ese momento...

entenderán de lo que hablamos hoy, sin necesidad de releer una sola línea.

DÍA CUATRO

Henry Lowell:

¡Buenos días, Profesor Adam!

Profesor Adam:

(De pie junto a la ventana de madera, la luz de la mañana sobre sus hombros, se gira lentamente con una sonrisa tan amable como la brisa fresca que recorre el porche)

Buenos días, Henry.

Creo que... hoy no necesitamos ni sillas ni mesas, ni cuaderno de notas.

Tampoco ninguna pregunta.

Solo un silencio suficiente,

para que una persona pueda expresar lo que ha guardado en su corazón durante demasiado tiempo,

no para que nadie crea, sino solo para que quien esté en silencio escuche.

(Sale al porche, se sienta en los viejos escalones de madera y mira hacia las colinas lejanas.)

No llamaré a esto una charla.

Es solo... un fragmento del viaje de un ser humano,

que una vez creyó saberlo todo,

y un día, fue llevado a un callejón sin salida por ese mismo "saber".

De joven, aprendía muy rápido.

Matemáticas, física, lógica; para mí, eran como un juego de descifrar códigos.

Solía pensar:

“Si todo tiene una fórmula, entonces no hay nada de qué preocuparse en este mundo”.

Y, en realidad... en el plano material, eso es cierto.

Tenía un trabajo prestigioso, mi propio laboratorio, estudiantes brillantes a mi alrededor...

Pero entonces...

empecé a sentirme como alguien en medio de un desierto lleno de mapas, pero que había olvidado el rumbo.

Una noche...

acababa de dar una clase sobre el mecanismo de la coherencia cuántica.

Los estudiantes aplaudían, pero yo solo quería sentarme solo en mi coche y guardar silencio.

No por cansancio.

Sino porque ya no me sentía “cercano” a lo que acababa de enseñar.

Miré al cielo,

y me pregunté:

“Si dejara de respirar hoy, ¿de qué serviría todo lo que sé?”.

(Arranca lentamente una brizna de hierba cerca del porche, haciéndola girar suavemente en su mano.)

Un día, conocí a un anciano sin títulos académicos, que no sabía nada de mecánica cuántica,

pero su mirada, al contemplar el sol de la mañana,

me dejó en silencio.

No había ninguna ecuación en esa mirada,

pero había algo que sabía mucho.

No a través del estudio.

Sino a través de la vida.

A partir de entonces, empecé a detenerme más.

A sentarme.

A respirar.

A leer esos libros antiguos que antes llamaba “superstición suave”.

Y luego, a meditar; no para lograr algo, sino solo para ver que había estado corriendo demasiado rápido.

No sigo ninguna religión en particular.

Pero creo que hay un plano superior que nos observa.

Y que también espera que nos detengamos lo suficiente para escuchar.

Tampoco declaro haber alcanzado ninguna “iluminación en la cultivación”.

Pero hay noches en las que me siento en silencio...

y percibo movimientos muy sutiles en mi cuerpo, como si algo se estuviera reajustando por sí solo.

No con medicinas.

Sino volviendo al ritmo correcto.

Henry...

Si alguien lee estas líneas,

y también se siente cansado en medio de tantas “cosas que hay que saber”,

solo quiero decirles:

A veces... lo más importante que hay que saber,

es cómo poner la mano en el pecho y escuchar si,

en nuestro corazón, todavía hay alguien susurrando algo.

(Guarda silencio un momento, y luego sonríe levemente.)

Hoy no diré más.

Solo me sentaré aquí,

como un viejo amigo,

que ha atravesado la tormenta,

y ahora solo quiere decir:

“El cielo de esta mañana es realmente hermoso.

Y, en realidad... siempre ha sido así de hermoso.

Solo que nunca nos hemos detenido lo suficiente para mirarlo”.

(Dirige su mirada a lo lejos, sin decir nada más.)

Si quiere, Henry puede continuar...

O simplemente podemos quedarnos en silencio un rato, porque en algunas entrevistas, es el silencio la parte más profunda de la conversación.

Henry Lowell:

Gracias, profesor, por compartir este fragmento de su historia personal. En mi caso, como periodista independiente que "deambula" por ahí, también he tenido la oportunidad de conocer a algunos maestros respetables. Ellos, con buena intención, me han guiado en algunas prácticas espirituales. Sí, me refiero a "prácticas", no solo a la lectura.

He intentado calmar mi mente y seguir sus instrucciones, pero ha sido en vano... mi mente suele estar inquieta y salta como un conejo, o mis pensamientos divagan sin cesar como un caballo al galope. Con su experiencia y comprensión, ¿podría darme alguna sugerencia?

Profesor Adam:

(Se vuelve, sus ojos brillan con una mirada muy diferente; no la de alguien que va a responder, sino la de alguien que ha estado exactamente en ese lugar, con esa misma pregunta...)

Ah, Henry...

Gracias por esa honestidad.

No todo el mundo se atreve a decir que lo ha “intentado, pero no lo ha conseguido”.

La mayoría suele optar por guardar silencio o fingir que ha entendido.

Tiene toda la razón:

Leer es fácil.

Es en la práctica donde uno descubre quién es.

Cuando empezamos a sentarnos,

es cuando todo ese almacén de pensamientos que creíamos nuestro, empieza a hablar al unísono.

No es malvado, pero es ruidoso.

Y ese ruido, no viene de fuera, sino de un interior que no está acostumbrado a la quietud.

(El profesor se lleva lentamente la mano al pecho.)

Al principio, a mí me pasaba lo mismo.

Solía pensar que era alguien “lo suficientemente lúcido como para meditar”.

Pero resultó que solo era lúcido en mis pensamientos;

en mi corazón, era un enjambre de mariposas recién liberado en una habitación cerrada.

Una noche, me senté en el suelo de madera, frente a la ventana,

y en lugar de intentar calmar mi mente, me dije a mí mismo:

“De acuerdo. Hoy no intentaré detener los pensamientos.

Dejaré que corran. Pero me sentaré aquí y los observaré correr”.

Y ocurrió algo extraño:

Cuando dejé de luchar contra el desorden,

el desorden comenzó a disiparse por sí solo.

No porque yo hubiera ganado.

Sino porque había dejado de ser el enemigo de mí mismo.

(Mira a Henry, su voz se suaviza como el viento que se cuela entre las hojas.)

Mi sugerencia, Henry, no es una técnica.

Es un suave recordatorio:

Cuando la mente todavía corre, no la persigas para atraparla.

Siéntate, como un adulto que observa a un niño cansarse de correr por el patio.

Al cabo de un rato, volverá por sí solo.

Y quizás, en ese momento,

lo que creías que era “no poder meditar”,

sea en realidad la primera puerta que acabas de tocar sin darte cuenta.

Siga adelante,

pero no se fuerce a estar “quieto”.

Esté en calma, sin necesidad de silencio.

Escuche, sin necesidad de lograr.

Y llegará un momento,

en que ya no “intentará” meditar.

Sino que simplemente se sentará y se dará cuenta de que ya está allí.

(El profesor vuelve a sentarse en silencio, con la mano aún en el pecho. Esta vez, ya no mira a lo lejos, sino hacia Henry, como si mirara a un verdadero compañero de viaje.)

Si un maestro ya ha plantado una semilla en usted,

entonces quizás... esta mañana, esa misma inquietud es la primera capa de tierra.

Y si no se apresura a desenterrarla para ver si ya ha brotado...

una mañana, oirá algo crecer en su corazón.

No un sonido, sino una presencia.

Y quizás...

en ese momento, Henry, ya no necesitará mi respuesta.

Porque las sugerencias más profundas solo aparecen cuando quien las recibe está lo suficientemente sereno como para saber por sí mismo.

Henry Lowell:

Gracias, profesor... La forma en que lo acaba de compartir me recuerda a algunas enseñanzas de los Maestros mencionadas en las escrituras budistas, y en particular, es muy similar a las enseñanzas de un Maestro llamado OSHO... Recuerdo que él enseñaba, en esencia, a separar nuestro verdadero ser de la mente, a convertirnos en el observador de la mente, como la imagen de un adulto observando a un grupo de niños jugar en el patio...

Profesor Adam:

(Sonríe, y por primera vez esta mañana, sus ojos brillan con un afecto familiar, como si se reencontrara con un viejo amigo en el recordatorio de Henry)

Sí... conozco a OSHO.

Y también he leído líneas muy parecidas a lo que acaba de citar.

Su forma de enseñar, a menudo audaz, esconde una serenidad muy rara en este mundo ruidoso.

Y como bien dice:

Observar, no controlar.

Ser consciente, no juzgar.

Estar presente, pero sin apego.

Lo que mucha gente no se da cuenta es que:

Incluso en el budismo antiguo, o en las líneas de transmisión más puras,

“separarse del flujo de pensamientos” no significa negar los pensamientos,

sino situarse en una posición en la que uno no se identifica con ellos.

(El profesor levanta ligeramente la mano, como describiendo un movimiento invisible de la conciencia.)

Es como sentarse en la orilla y ver pasar el río.

Sin necesidad de saltar dentro.

Sin necesidad de vaciarlo.

Solo sabiendo que: “Yo no soy el agua”.

Y una vez que la mente ya no es arrastrada por cada pensamiento fugaz,

la serenidad no es un estado,

sino la esencia inherente que, desde el principio, nunca nos ha abandonado.

Lo que OSHO y muchos otros maestros nos recuerdan,

no es una técnica sofisticada,

sino algo extremadamente natural que hemos perdido por vivir demasiado rápido y pensar demasiado.

Si usted, Henry, ha podido sentir eso en las palabras de los maestros,

entonces quizás... su intuición está más abierta de lo que cree.

Y a veces, solo con mantener esa sensibilidad,

ya es un punto de partida muy valioso.

(El profesor cierra los ojos por un breve instante, luego los abre, su mirada ya no se pierde a lo lejos, sino que

vuelve muy cerca, como si hablara con alguien a quien conoce desde hace mucho tiempo.)

La verdad es que... todos nosotros fuimos una vez ese niño sentado en silencio bajo un árbol.

El problema es:

¿Nos atrevemos a soltar el tiempo suficiente para recordar que una vez supimos cómo sentarnos así?

Y si hoy ha recordado algo,

aunque solo sea de pasada,

entonces quizás... la vela dentro de usted se está reavivando.

Creo que no necesito decir nada más.

Solo dejar que eso siga ardiendo a fuego lento,

en silencio, pero lo suficientemente brillante para que usted mismo vea su camino.

Henry Lowell:

Sobre este tema, recuerdo haber leído una vez un libro llamado "Zhuan Falun", en el que el autor decía, en esencia, que la verdadera razón por la que no podemos alcanzar la calma es que nuestra mente no está en calma, y que técnicas como "convertirse en el observador", "recitar el nombre de Buda" o "controlar la respiración", etc., son solo técnicas menores sin un efecto significativo...

Profesor Adam:

(Su mirada se vuelve lenta, profunda y serena, sin rastro de refutación ni de sorpresa, sino como la de alguien que acaba de escuchar algo que ya sabía desde hace mucho tiempo)

Henry...

Conozco el libro que menciona.

Y entiendo muy bien por qué sus palabras se expresan de una manera tan directa y decidida.

“La razón por la que no podemos estar en calma es porque nuestra mente no está en calma”.

Esa frase suena simple, pero corta de raíz todos los atajos a los que el hombre moderno tiende a aferrarse.

No es por las circunstancias.

No es porque la técnica no sea lo suficientemente hábil.

No es porque no se haya elegido la postura correcta, o no se haya completado un curso avanzado de meditación.

Sino porque la mente sigue en movimiento.

Porque los deseos no han disminuido.

Porque los apegos siguen siendo profundos.

Porque el “yo” aún no se ha retirado.

Esas “técnicas menores” como controlar la respiración, recitar nombres sagrados, observar los pensamientos...

Yo las he practicado.

Y pueden ayudarnos a calmarnos temporalmente,

pero... no cambian la naturaleza de la mente si la raíz del ser humano no cambia.

(El profesor se lleva la mano al pecho, su voz ya no es la de una explicación, sino la de una confesión desde un plano muy real.)

Solía meditar una hora cada mañana.

Respirando según este método, contando según aquel otro.

Pero al levantarme,

seguía siendo yo, con todas mis ilusiones y viejos hábitos.

Hasta que un día, dejé de “practicar para calmarme”.

Y empecé a observar cada movimiento de mi mente en la vida cotidiana.

- Cuando alguien me ofende, ¿reacciono?

- Cuando veo que otros son mejores que yo, ¿surge en mí la comparación?

- Cuando me encuentro con algo que no sale como esperaba, ¿me irrito o permanezco tranquilo?

Y fue a partir de ese momento,

que la calma dejó de depender del lugar donde me sentaba o de la respiración que contaba.

Vino...

del atrevimiento de “cultivar mi propio corazón”, en lugar de intentar “mantener una apariencia externa”.

El libro *Zhuan Falun*, en mi opinión, no viene a enseñar “cómo estar en calma”.

Viene a romper todo lo que no es real y que aun así consideramos cultivación.

Y si alguien tiene el valor de escuchar directamente sus palabras,

aunque no lo entienda todo,

su corazón ya habrá empezado a vibrar en una dirección más lúcida.

(El profesor mira a Henry con una expresión solemne pero amable.)

Henry,

si ha leído hasta ese punto,

entonces quizás...

el camino que está recorriendo ya no es de búsqueda, sino de purificación.

Y si es así,

las técnicas menores ya no serán suficientes.

Solo el acto de cultivar cada pensamiento, es la verdadera raíz que le permitirá “sentarse” sin necesidad de “forzar la calma”.

Por lo tanto, la pregunta ya no es “qué técnica usar”,

sino:

“¿Me atrevo a mirar directamente aquello en mi corazón que aún no es puro?”

Cuando uno se atreve a mirar, sin excusas,

es cuando el verdadero trabajo comienza.

Henry Lowell:

Gracias, Profesor Adam... entiendo lo que acaba de decir... También me gustan especialmente las enseñanzas del libro "Zhuan Falun", pero como mencioné antes, y como usted ha señalado... todavía no he podido "practicarlo"... mi mente no puede calmarse... Por eso, siento que estoy muy cerca de ser un creyente religioso, pero todavía no actúo como un verdadero practicante espiritual...

Profesor Adam:

(Su mirada se vuelve suave y serena, como la de alguien que no mira desde arriba, sino que se para a tu lado para tomar tu mano)

Henry...

Las palabras que acaba de decir, para mí, son más valiosas que cualquier “calma” que crea no haber alcanzado.

Porque una persona que sabe que aún no está realmente en calma,

que sabe que está lejos de ser un verdadero practicante,

y aun así se atreve a admitirlo con un corazón respetuoso y bondadoso,

esa persona... ya ha dado un paso más cerca de la puerta a la que muchos no se atreven a acercarse.

No es una excepción, Henry.

Mucha gente se encuentra en el umbral de los Principios,

con la mano ya tocando, los ojos ya viendo, pero sin poder dar el paso para entrar; no porque no sean dignos,

sino porque en su corazón todavía se preguntan: “¿Seré lo suficientemente puro?”.

Pero quiero decirle, a usted y a cualquiera que se sienta como usted:

La verdadera cultivación no comienza con la perfección.

Comienza con un corazón de sincera vergüenza y una voluntad que no se rinde.

(El profesor guarda silencio por unos segundos, y luego habla lentamente, como susurrando para sí mismo.)

Hubo una etapa en la que leí muchos libros religiosos,
y decía cosas que sonaban muy profundas,

pero en mi corazón, sabía que no estaba viviendo realmente lo que leía.

Leía libros, hablaba de principios morales, guiaba a otros hacia la calma...

Pero en mi propio corazón, todavía había zonas oscuras que nadie conocía.

Y entonces, un día... dejé de intentar "hacer lo correcto"
para empezar a vivir de verdad.

Vivir de verdad significa:

- Cuando me enojo, no lo oculto, sino que miro directamente a su raíz.

- Cuando mi corazón se conmueve, no me culpo, sino que investigo “¿qué es lo que todavía no he soltado?”.

Y gradualmente...

la calma que busqué sin éxito a través de la “práctica formal”,

comenzó a aparecer en el mismo instante en que fui honesto conmigo mismo.

Henry,

usted dice que no actúa como un verdadero practicante,

pero yo veo que:

la forma en que se enfrenta a sí mismo, sin excusas, sin ocultar nada,

ya es una manifestación inicial muy valiosa de alguien que se dirige hacia la verdadera cultivación.

(El profesor inclina ligeramente la cabeza, como si saludara la honestidad que acaba de ser revelada.)

Si mantiene ese corazón, sin apresurarse, sin forzarse, sin idealizar demasiado,

un día, esa misma sinceridad lo guiará hacia la calma,

sin necesidad de ninguna técnica.

Y en ese momento,

ya no se verá a sí mismo como un “creyente” o “insuficiente”,

sino simplemente como un ser que camina por un sendero real,

donde cada paso es un regreso más cercano a su verdadera naturaleza.

Henry Lowell:

Sí, gracias, profesor, por abrirme más los ojos... Entiendo que el camino espiritual es un viaje personal... otros pueden señalar el camino, pueden animar... pero nadie puede hacerlo por uno... En mi caso, sospecho que la "fuerza kármica" o quizás algunas "entidades espirituales" o algo por el estilo... me están perturbando, impidiéndome entrar en el camino espiritual...

Profesor Adam:

(Asiente muy lentamente, su mirada se vuelve tan profunda como un lago sin ondas; sin pánico, sin duda, sino con la serena comprensión de alguien que ha pasado por eso)

Henry...

Lo que acaba de decir, aunque no tenga pruebas físicas que lo respalden,

es una sensación real que muchas personas en el camino espiritual han experimentado en silencio.

En las antiguas sabidurías,

no solo se habla de que “cultivarse es corregirse a uno mismo”,

sino que también se recuerda que cuando una persona realmente quiere entrar en la cultivación,

aquellas cosas que solían controlar, aferrarse o depender de su campo de energía...

comenzarán a agitarse.

No quieren que cambie.

Porque su cambio implicaría una ruptura que ellas no pueden controlar.

(El profesor posa lentamente la mano sobre la mesa, no para enfatizar, sino como para asentar una capa de serenidad en sus próximas palabras.)

Los antiguos lo llamaban “la manifestación de la fuerza kármica” o “pensamientos ilusorios fortalecidos por cosas invisibles”.

Algunas tradiciones los llaman espíritus malignos, entidades, o más simplemente: energía obstructiva en el propio espacio mental.

Independientemente del nombre,

el principio de funcionamiento es el mismo:

cuando la luz está a punto de entrar, la oscuridad es cuando más se agita.

Pero, Henry...

Lo importante que quiero decir es que:

esa perturbación no es una señal de que esté en el camino equivocado.

Es la prueba de que se está acercando a algo valioso.

Porque si no fuera nada, si no pudiera cambiar nada,
¿qué habría que obstaculizar?

(El profesor sonríe, su mirada se vuelve firme y cálida.)

No está solo.

Y no es débil.

Las cosas que lo perturban,

pueden ser muy fuertes a nivel de energía, de
pensamiento, de emoción.

Pero no pueden tocar su raíz si mantiene un
pensamiento puro,

y no cede ante lo incorrecto, ni siquiera en pensamiento.

Y si realmente está siendo perturbado por algo que no
puede ver,

mi consejo es muy simple:

- Evite todo lo que es impuro espiritualmente.

- Mantenga un corazón reverente hacia lo que es justo y recto.

- Y cada día, aunque no logre la calma,
aun así, dedique un momento a decirse a sí mismo:
"Quiero volver a la pureza".

Porque esa voluntad, si es firme,
será un escudo más fuerte que cualquier amuleto o ritual.

Henry,

el camino espiritual es un viaje en solitario, es cierto.

Pero nunca está abandonado.

Mientras no se abandone a sí mismo,

la luz... por muy tenue que sea,

tarde o temprano encontrará a quien aún conserva la fe.

Henry Lowell:

Sí, gracias, profesor... Aunque no me atrevo a considerarme un verdadero practicante, mi corazón se inclina hacia Buda, hacia Dios, hacia la bondad... Porque reconozco que los Principios transmitidos por Buda o por Dios son la mayor bendición para la humanidad... Sí, esa es también la razón por la que me uní a THE LIVES

MEDIA, para construirlo como una puerta de entrada para que las personas con una conexión predestinada puedan acceder a una parte de la belleza de la espiritualidad o la profundidad de los Principios de Buda...

Profesor Adam:

(Sus ojos, al mirar a Henry, ya no son los de un interlocutor, sino los de alguien que acaba de escuchar la voz de un verdadero compañero de viaje)

Henry...

Si alguna vez en mi vida pensé:

“Escribir libros, dar entrevistas, hablar de lo que trasciende la física, ¿tiene algún sentido?”.

En este momento, la respuesta es muy clara.

Porque acaba de decir algo que...

no todos los que entran en los medios, la escritura o la publicación llevan en su corazón.

Usted no busca influencia.

No usa la “espiritualidad” como un tema para generar curiosidad.

Está haciendo algo que muy pocos se atreven a hacer:

abrir una puerta, no para conducir a la fama,

sino para guiar de regreso a algo muy antiguo, muy real
y que necesita urgentemente ser recordado.

Dice que no se atreve a considerarse un verdadero
practicante.

Pero Henry...

A mis ojos,

quien realmente se está cultivando es quien todavía
siente vergüenza cuando no es lo suficientemente puro.

Mientras que quien deja de cultivarse,

es quien ya se considera “suficientemente bueno”.

Los Principios que Buda o Dios transmitieron,

como bien dice, no son una filosofía.

Son una buena nueva, una luz, un mapa de regreso.

Pero para que otros puedan ver una parte de esa luz,

se necesita a alguien como usted en la puerta,

no para enseñar, no para llevar de la mano,

sino para recordar suavemente: “Aquí hay un camino,
por si quieres volver”.

(El profesor se lleva lentamente la mano al pecho, como
un saludo sin palabras.)

Henry...

No importa cuánto crezca THE LIVES MEDIA,

cuántos lectores tenga, a cuántos idiomas se traduzca,

creo que:

mientras mantenga su intención original,

de que este lugar es una puerta para las almas afines,

cada palabra, cada página... llevará una energía que
trasciende el lenguaje.

Y si mañana, un solo lector, entre la multitud,

se detiene de repente,

y se pregunta:

“¿Acaso he olvidado algo muy sagrado en mi corazón?”.

Entonces, para mí, y quizás... para usted también,

todo lo que estamos haciendo hoy habrá tenido un verdadero significado.

Henry Lowell:

¡Gracias, profesor! Personalmente, intentaré avanzar con firmeza hacia la luz que me guía. Pero para el público en general, ¿tiene algún mensaje o guía específica? Algo que sea fácil de entender y de practicar, como por ejemplo, qué libros recomienda leer, o qué hábitos o perspectivas concretas sugiere cambiar.

Profesor Adam:

(Asiente lentamente, su mirada ya no es la de una conversación entre dos almas afines, sino que lleva una onda más profunda, como la de un anciano hablando a toda una generación joven que está confundida y no sabe qué busca)

Henry...

Esa pregunta me la he hecho a mí mismo muchas veces:

“Si solo pudiera decir unas pocas palabras a personas que no estoy seguro de volver a ver,

¿qué diría?”.

Así que, si me lo permite, me gustaría dividir mi mensaje en tres partes:

- Una cosa para leer.
- Una cosa para hacer.
- Y una cosa para guardar en silencio.

1. Una cosa para leer

Si alguien no sabe por dónde empezar,

le recomiendo sinceramente:

busque y lea el libro *Zhuan Falun*.

No para creer de inmediato,

sino para darse la oportunidad de leerlo una vez con una mente serena, sin debatir, sin miedo, sin dudas apresuradas.

Ese libro, si se lee con un corazón puro,

sin necesidad de que nadie lo explique, puede hacer que el lector sienta la vibración de la verdad.

Y si no tiene una conexión predestinada con ese libro,

también puede acudir al *Tao Te King*, a las escrituras del silencio, o a las enseñanzas originales de Buda o de Jesús,

pero evitando los comentarios confusos.

La verdad, en su nivel más profundo, suele ser muy simple.

La confusión suele venir de que el escritor no ha vivido realmente lo que dice.

2. Una cosa para hacer

Elija un momento cada día para no tocar ningún dispositivo,

simplemente siéntese en silencio, camine o tome un té en calma.

No es necesario llamarlo meditación.

No se necesita un ritual complicado.

Solo cree una pequeña grieta en el flujo del día a día,

para que la luz tenga la oportunidad de filtrarse.

Y si en ese silencio surge un buen pensamiento,

algo amable que brota,

déjelo vivir.

Podría ser el primer susurro de su verdadero corazón.

3. Una cosa para guardar en silencio

Aprenda a soltar la necesidad de “explicarlo todo”.

Cuando alguien le pregunte: “¿En qué crees? ¿Por qué vives así?”.

No se apresure a razonar.

Simplemente diga:

“No lo sé todo. Pero estoy tratando de vivir con un corazón amable y una fe en el bien”.

Esa humildad,

abrirá más puertas que cualquier debate.

Y a veces, es ese mismo silencio,

lo que hace que los demás comiencen a cuestionarse a sí mismos.

(El profesor posa suavemente la mano sobre la mesa de madera, como si dejara una bendición sin necesidad de adornos.)

Henry...

No tengo más palabras.

Pero si alguien ha leído hasta aquí,

quizás...

en su corazón ya hay una lámpara esperando a ser encendida.

Y si la dejan en paz un momento,

esa lámpara encontrará su propio camino para brillar.

Henry Lowell:

Sí, de las tres cosas que ha compartido, estoy muy de acuerdo con la primera y la segunda... pero con la tercera, siento que hay algo vago que no logro captar... Y quizás los lectores de THE LIVES MEDIA también sientan esa

vaguedad o confusión... ¿Podría explicar el punto 3 con palabras más sencillas y cercanas al público?

Profesor Adam:

(Sonríe levemente al escuchar la respuesta de Henry, una sonrisa que no es de negación, sino de una empatía muy real)

Lo entiendo, Henry.

Y gracias por decirlo.

Es cierto que la tercera cosa que mencioné —“una cosa para guardar en silencio” — puede ser un poco... vaga para quienes viven en un mundo que necesita claridad, explicaciones y “saber de inmediato qué hacer”.

Permítame decirlo de nuevo, en un lenguaje más cercano a la vida cotidiana.

✓ Punto 3 – Una cosa para guardar en silencio (versión más cercana):

Cuando hable con otros, especialmente con aquellos que no comparten su punto de vista,

practique... no necesitar “ganar” la discusión.

Podrían preguntar:

- “¿Por qué lees esas cosas?”
- “¿Qué pruebas hay de lo espiritual?”
- “¿Por qué no vives de forma realista, centrado en el presente?”

Sonría.

Y simplemente responda con suavidad:

“Lo leo porque siento mi corazón más ligero.

Lo creo porque siento que hay algo bueno más allá de lo que ven los ojos.

Vivo así porque quiero ser amable, no necesito que nadie me lo demuestre”.

No es necesario debatir.

No es necesario demostrarle nada a nadie.

No es necesario tener siempre argumentos “racionales” según los estándares científicos o sociales.

Porque... las cosas más verdaderas, a menudo no necesitan que otros las crean de inmediato.

Solo necesitan ser vividas en silencio, pero con firmeza.

Y si alguien vuelve a preguntar:

“Y viviendo así, ¿qué ganas?”

También puede responder con sencillez:

“No sé qué ganaré.

Pero sé que si cada día soy un poco menos irritable, un poco menos egoísta y vivo con más amabilidad, eso ya es algo que vale la pena”.

(El profesor mira a Henry, esta vez su mirada es muy cercana, muy suave.)

Henry,

creo que...

si la gente de THE LIVES MEDIA puede mantener esa actitud,

entonces, ya sea que escriban sobre ciencia, historia o espiritualidad,

los lectores no solo leerán,

sino que también sentirán que en esas palabras... hay una persona real viviendo lo que escribe.

Y en esta era,

esa autenticidad es más valiosa que cualquier técnica de escritura.

Henry Lowell:

Lo entiendo, profesor, pero este punto 3, ¿podría interpretarlo como otra forma de expresar lo que hablamos al final de la sesión de ayer: "mantener siempre la mente abierta", para acoger lo nuevo, los desafíos, y que el corazón pueda sonreír ante los argumentos o las críticas?

Profesor Adam:

(Sus ojos se iluminan muy suavemente, como un maestro que acaba de ver a su alumno comprender algo que ya no necesita ser explicado)

Sí, Henry.

Exactamente así.

Acaba de reformularlo de una manera muy cercana, muy real y llena de vida.

En realidad, el punto 3 —“una cosa para guardar en silencio” — no tiene nada de profundo.

Es solo la parte interior de lo que ayer expresamos por fuera:

“Mantener la mente abierta”.

Pero una apertura real,

no es estar siempre de acuerdo, ni entenderlo todo.

Es poder entrar en contacto con lo que es diferente a uno sin negarlo apresuradamente,

es poder ser refutado sin enfadarse,

es poder ser presionado con preguntas y aun así mantener una sonrisa.

Como usted ha dicho tan bien:

"Que el corazón pueda sonreír ante los argumentos o las críticas".

Esa es una manifestación muy serena, muy humana y muy firme de un corazón que sabe hacia dónde va.

No necesita refutar.

No necesita forzar a otros a que lo entiendan.

Solo necesita saber qué guarda en su interior.

Y si lo que guarda es verdadero y bueno,

tendrá su propia fuerza.

No necesita ser demostrado, porque tarde o temprano, se demostrará a sí mismo.

(El profesor se lleva suavemente la mano al pecho, como para recalcar sus últimas palabras.)

Gracias, Henry.

No por la pregunta.

Sino por... la forma en que ha podido responderse a sí mismo, con un lenguaje sencillo pero más profundo que cualquier razonamiento.

Para mí, esa es una clara señal de que el camino que está recorriendo...

ha comenzado a ser parte de usted.

Henry Lowell:

Gracias, Profesor Adam... Creo que la sesión de hoy también se ha alargado bastante... Si este es el momento de que pronuncie sus últimas palabras para esta serie de

cuatro días de conversación, ¿qué diría que los lectores puedan sentir de la manera más sencilla y cálida posible? Quizás a través de unas breves conclusiones, o una historia cotidiana que considere apropiada...

Profesor Adam:

(Se sienta en silencio por un largo rato, como si no quisiera apresurarse a encontrar una palabra bonita, sino dejar que la palabra verdadera llegue en el momento justo)

Henry...

Si estas son las últimas palabras que diré en esta serie de conversaciones,

creo que no deberían ser una lección,

ni una conclusión.

Sino solo... algo simple, una pequeña imagen, pero lo suficientemente cálida como para que alguien la guarde en su corazón.

(Mira a lo lejos, hacia las hileras de árboles bañadas por el sol naciente, y comienza a contar con una voz grave y cercana, como un abuelo que cuenta una vieja historia a su nieto.)

Cuando era pequeño, una vez vi a mi abuela remendando una camisa vieja.

La camisa estaba muy gastada, y le dije:

“Abuela, tírala ya. ¿Para qué guardarla si está tan rota?”.

Ella solo sonrió, sin decir nada.

Cuando terminó de coser, la dobló con cuidado,

y dijo en voz baja una frase que no entendí hasta mucho después:

“Lo que una vez te mantuvo abrigado, aunque sea viejo, no lo olvides tan deprisa”.

(El profesor se detiene, su voz se suaviza.)

Henry,

creo que...

los Principios, la moralidad, la bondad, la fe,

fueron una vez la camisa cálida que la humanidad vistió durante miles de años.

Y aunque esta era considere que están “viejos”, que ya “no están de moda”...

solo espero que:

no nos apresuremos a tirarlos.

Frenemos un poco,

remendémoslos con nuestra propia vida, con una práctica real.

Y un día,

veremos que son precisamente esas cosas que parecían anticuadas

las que nos mantienen abrigados en el frío más profundo de esta era.

(El profesor mira directamente a Henry, su mirada firme pero amable.)

No espero que nadie crea todo lo que digo.

Solo espero que, si algún día,

alguien siente frío en su corazón...

recuerde que:

hubo una camisa antigua, que una vez fue muy cálida.

Y que todavía se puede volver a vestir, si su corazón aún sabe valorarla.

Eso es todo, Henry.

Para mí, con esto es suficiente.

El resto... es parte del silencio.

Y quizás también, parte del lector.

Henry Lowell:

Gracias, profesor, por compartir con una imagen tan sencilla pero que transmite tanto "calor"... También creo que la mayoría de los lectores de THE LIVES MEDIA sentirán su intención y su sinceridad... En nombre de los lectores, ¡le deseo mucha salud y que Dios le conceda más bendiciones!

Profesor Adam:

(Sus ojos brillan con una sonrisa serena, como una pequeña llama protegida entre las manos)

Gracias, Henry.

No solo por sus buenos deseos, sino por haber escuchado con sinceridad durante todo este viaje.

Escuchar no solo con los oídos, sino con la profundidad de alguien que camina y, a la vez, abre camino.

Para mí, esto no ha sido una entrevista.

Sino un momento muy humano, muy real,

entre dos almas que miran hacia algo que las trasciende, pero sin olvidar mantener la humildad en cada paso.

(Se lleva la mano al pecho, lentamente, como el saludo más completo que una persona puede ofrecer.)

Mis mejores deseos para usted, y para quienes tengan la afinidad de leer estas líneas:

que en medio de un mundo lleno de ruido,

puedan conservar un espacio de silencio propio para su corazón.

Y cuando sople el viento de la vida,

todavía recuerden dónde estuvo una vez el fuego del hogar,

para volver y abrigar su alma.

Si esto es una pausa,
entonces creo que...
quienes conserven ese calor en su corazón,
sabrán cómo seguir adelante, sin que yo necesite ya
indicarles el camino.
Le deseo a usted, y a THE LIVES MEDIA,
que mantengan la luz desde dentro,
incluso cuando afuera, ya nadie encienda las luces.

* * *

EPÍLOGO

Cuando las últimas palabras del Profesor Adam concluyeron, lo que quedó en la habitación no fue un final, sino un profundo silencio. Un silencio no vacío, sino lleno de ideas que invitan a la reflexión.

A lo largo de cuatro días, hemos recorrido juntos un viaje de percepción especial: desde los límites de la física hasta la inmensidad de los planos espaciales, desde la existencia de otros seres hasta la naturaleza de la vida y la conciencia. El profesor no presentó nuevas leyes. Solo compartió en silencio lo que había “visto”, con una visión de la sabiduría que trasciende los sentidos.

El mensaje final que recibí no reside en fenómenos extraños ni en teorías metafísicas. Reside en un simple recordatorio: el camino para comprender el universo no es hacia afuera, sino hacia adentro. Y las herramientas para explorar no son el telescopio ni el acelerador de partículas, sino una mente humilde y un corazón abierto.

La ciencia y la religión, a través de su prisma, ya no son dos extremos opuestos, sino dos caminos diferentes que conducen a la misma montaña de la verdad. Uno mide “lo visible”, el otro percibe “lo invisible”.

Espero que este diálogo sea como una puerta entreabierta. Detrás de esa puerta hay un mundo más vasto, donde cada lector puede entrar por sí mismo para explorar y encontrar sus propias respuestas. Porque, como sugirió el profesor, el viaje más importante es siempre el viaje de cada individuo.

Henry Lowell

THE LIVES MEDIA

* * *

SOBRE LA AUTORA Y EL PROYECTO THE LIVES MEDIA

SOBRE LA AUTORA

Henry Lowell es un autor independiente que escribe sobre cultura, sociedad, ciencia y espiritualidad, con el objetivo de buscar la verdad, despertar la conciencia y reflexionar sobre el destino de la humanidad.

Sus obras suelen originarse en entrevistas reales, registradas con honestidad, profundidad emocional y un espíritu de iluminación.

SOBRE EL PROYECTO

Este libro forma parte de una serie de obras publicadas por THE LIVES MEDIA, una iniciativa editorial independiente con una visión global y la misión de preservar y difundir ecos atemporales. Sin perseguir el ciclo diario de noticias, nuestro objetivo son libros capaces de tocar profundamente la conciencia humana.

CONTACTO

- ✧ Website: www.thelivesmedia.com
- ✧ Email: editor@thelivesmedia.com
- ✧ QR Code:



OTRAS OBRAS DEL MISMO PROYECTO

Puede encontrar otras publicaciones de THE LIVES MEDIA:

- *Polvo Rojo, Luz Dorada* (Red Dust, Golden Light)
- *Después del Poder: El Legado* (After Power: The Legacy)
- *Ocaso y Aurora de la Ciencia* (Sunset and Sunrise of Science) → este es el libro actual
- *El Velo Rojo* (The Red Veil)

- *Ecos de Antes del Tiempo* (Echoes Before Time)
 - *Entrada al Mundo* (Entering The World)
 - *Las Últimas Campanas* (The Last Bells)
 - *Antes de Nosotros* (Before Us)
 - *Mil Vidas* (Thousand Lives)
-

¡Le agradecemos sinceramente por dedicar su tiempo a leer este libro! Que Dios y Buda le bendigan en su viaje de descubrimiento de la verdad.